VARIOS
-CAJA 2
-CARPETA 8

106 fs.

La Guerra de las Malvinas: Toque de atención para la seguridad regional y las relaciones entre EEUU y America Latina

Autor: Cnl John Stewart

Escuela Interamericana de Defensa

Curso 1982/83

CONFIDENCIAL

Item 242 bis (traducción).

O.T.N° 57/83

242 bis

LA GUERRA DE LAS FALKLANDS/MALVINAS (A) : TOQUE DE ATENCION PARA LA SEGURIDAD REGIONAL Y LAS RELACIONES ENTRE EE.UU.Y AMERICA LATINA

Letras X

4

por

el Coronel John F. Stewart,

Inteligencia Militar, Ejército Norteamericano

Este trabajo fue preparado como tema de investigación para el curso de 1982-83 de la Escuela Interamericana de Defensa.

(A) N. del T.: Se ha respetado la doble notación del original.

INTRODUCCION

La guerra por las Malvinas librada en 1982 entre Gran Bretaña y la Argentina aparentemente no valía la pena. Unas islas remotas y escarpadas, a 350 millas de la costa argentina, en el Atlántico Sur costaron más de 1.000 vidas y alrededor de U$S 2,5 mil millones, sumadas las pérdidas de ambos países. En un sentido más amplio y especialmente en América Latina, la guerra se consideraba un conflicto Norte-Sur. Latinoamérica en general, y Argentina en particular, se sintieron en gran medida traicionados por la decisión norteamericana del 30 de abril de apoyar a Gran Bretaña en el conflicto. En América Latina se sugiere que si el gobierno norteamericano no podía respaldar a la Argentina, lo menos que podría haber hecho era permanecer neutral. Así, mientras la Argentina y Gran Bretaña perdieron hombres y equipos, es probable que sea Estados Unidos el que deba soportar el mayor costo político.

Las razones profundas del conflicto se originan en una confusa controversia histórica y en el fracaso de las negociaciones por la soberanía que realizaban los contendientes. Se entremezclan con importantes cuestiones económicas y geopolíticas del Atlántico Sur y del continente antártico. Están vinculadas con otras complejas reclamaciones territoriales que se registran en la región, desde México hasta Tierra del Fuego. Otros importantes factores que contribuyeron al conflicto son las complejas características políticas, económicas y militares de la estructura argentina.

INTRODUCCION

La guerra por las Malvinas librada en 1982 entre Gran Bretaña y la Argentina aparentemente no valía la pena. Unas islas remotas y escarpadas, a [illegible]50 millas [illegible] costa argentina, en el Atlántico Sur cos[illegible] [illegible] de 1.[illegible], y alrededor de U.S 2,5 mil millones, su[illegible] las pérdidas [illegible] países. En un sentido más amplio y especialmente en América Latina, la guerra se consideraba un conflicto Norte-Sur. Latinoamérica en general, y Argentina en particular, se sintieron en gran medida traicionados por la decisión norteamericana del 30 de abril de apoyar a Gran Bretaña en el conflicto. En América Latina se sugiere que si el gobierno norteamericano no podía respaldar a la Argentina, lo menos que podría haber hecho era permanecer neutral. Así, mientras la Argentina y Gran Bretaña perdieron hombres y equipos, es probable que sea Estados Unidos el que deba soportar el mayor costo político.

Las razones profundas del conflicto se originan en una confusa controversia histórica, y en el fracaso de las negociaciones por la soberanía [illegible] contendientes. Se entremezclan con importantes cuestiones económicas y geopolíticas del Atlántico Sur y del continente antártico. Están vinculadas con otras complejas reclamaciones territoriales que se registran en la región, desde México hasta Tierra del Fuego. Otros importantes factores que contribuyeron al conflicto son las complejas características políticas, económicas y militares de la estructura argentina.

La negativa de la Junta argentina a retirarse se debió, fundamentalmente, a presiones nacionalistas y a cuestiones de prestigio. El prestigio nacional también jugó un papel importante en la decisión y firmeza con que Gran Bretaña optó por la alternativa militar.

Ambas partes incurrieron en errores de cálculo y Estados Unidos también. La Junta no creyó que el Reino Unido fuera a presentar combate y subestimó groseramente la reacción mundial negativa ante el uso de la fuerza. Los militares argentinos creyeron que los Estados Unidos respaldarían su acción (o que, por lo menos, permanecerían neutrales) y que recibirían mayor apoyo internacional. Gran Bretaña no advirtió el cambio de tono argentino en torno a la cuestión Malvinas en 1982 y pasó completamente por alto los falsos indicios políticos que actos aparentemente dispares (desde el punto de vista del Reino Unido) transmitían a la Argentina y que, considerados globalmente (desde el punto de vista argentino) demostraban falta de decisión británica para conservar las islas. Los Estados Unidos cometieron un error de cálculo al no advertir el efecto sobre los miembros de la entonces nueva Junta (particularmente sobre el Tte. Gral. Galtieri), de sus esfuerzos por ampliar sus relaciones con la Argentina durante 1981 y principios de 1982. Estados Unidos quizás sobreestimó su capacidad de influir sobre las partes, en especial sobre la Argentina, durante el proceso de mediación y subestimó la violenta reacción latinoamericana en contra de Estados Unidos por su apoyo a Gran Bretaña.

Indudablemente, "esa extravagante y ridícula guerra" se originaba en asuntos muy complicados que, en su mayoría, repercutían sobre la seguridad y sobre otras relaciones hemisféricas. El resultado militar de la Guerra de las Malvinas no resolvió problemas sino que contribuyó a complicarlos.

....

Mucho será lo que se escriba sobre la Guerra de 1982 en el Atlántico Sur y una parte ya fue publicada. Por lo tanto, este trabajo no pretende ser el análisis sine qua non de la Guerra. Su objetivo básico es describir sus consecuencias para la seguridad del Hemisferio Occidental, especialmente con respecto al rol de los Estados Unidos dentro de este contexto. Pero primero tenemos que entender la Guerra en sí, sus causas y enseñanzas y luego tenemos que analizar los motivos subyacentes en la política norteamericana durante el conflicto y la reacción latinoamericana frente a esa política. Es de esperar que un conocimiento profundo de la crisis del Atlántico Sur permita mejorar las relaciones de seguridad que puedan forjarse en las Américas.

CAPITULO I

Orígenes de la Guerra de las Malvinas

> "El azar a veces se ocupa de engrandecer lo que la naturaleza ha descuidado y esa fama que no puede conseguirse a través de la excelencia o de la grandeza intrínseca a veces se consigue por accidentes imprevistos. El Rubicon se hizo famoso porque Julio Cesar lo cruzó y ahora ha llegado la hora de que las Islas Malvinas exijan su historiador". Dr. Samuel Johnson, de su obra Pensamientos sobre las Ultimas Transacciones en torno a las Islas Malvinas, 1771

Ubicación/Descripción

Las Malvinas están a 350 millas náuticas de la costa argentina a 52° Lat. S. y a 60° Long. W. (1). Desde ellas se puede controlar el Estrecho de Magallanes y el Pasaje de Drake y su posesión puede tener gran importancia en las pretensiones sobre el continente antártico. De todos modos, dejaremos las consideraciones geopolíticas para más adelante. Hay alrededor de 200 islas que abarcan 4.700 millas^2 de superficie terrestre, lo que equivale al tamaño de Connecticut o a las dos terceras partes de la superficie de El Salvador. Sin embargo, la superficie de las Islas -que incluye las vías navegables adyacentes- es mucho mayor, alrededor de 12.000 millas^2. Las dos principales islas del grupo están separadas por un estrecho que se extiende de Norte a Sur y es angosto en su acceso septentrional: apenas 2,5 millas. Las Islas Georgias del Sur (una grande y aproximadamente 25 islas más pequeñas) tienen una

S

superficie de 1.450 millas^2, equivalente al tamaño de Long Island, Nueva York (3). Las Georgias del Sur están aproximadamente a 1.000 millas de la Argentina. Más lejos aun de dicho país, a 1.500 millas, están las Islas Sandwich del Sur, que comprenden nueve islas principales y aproximadamente 10 islas más pequeñas. Las Islas Sandwich del Sur cubren alrededor de 120 millas^2 de superficie terrestre y forman un arco de aproximadamente 200 millas náuticas. Las Malvinas y las Georgias del Sur están deshabitadas. Las Islas Sandwich del Sur no son habitables (4).

El terreno y el clima de estos grupos de islas son terribles. En las Malvinas (como en las otras islas) no hay árboles). Escarpados cerros cuyas alturas oscilan entre 1200 y 1900 pies separan a la Malvina Oriental (Isla Soledad) de Puerto Stanley, al Oeste de San Carlos, donde se realizó el desembarco anfibio británico. La costa es irregular y las ensenadas están atiborradas de gruesas algas. El clima de las Malvinas es frío y ventoso. La máxima promedio es de 55° F. y el viento sopla a una velocidad mínima de 20 millas por hora, el 65% del año. Las Georgias del Sur están cubiertas por nieve y glaciares.

La Cuestión de la Soberanía

El asunto de la soberanía sobre las Malvinas es una historia larga, compleja y poco clara. La pretensión británica se basa en dos argumentos principales: descubrimiento y prescripción. Los británicos afirman que un Capitán inglés, John Davis, descubrió

las Islas en 1592 cuando su buque fue "arrastrado hacia unas islas jamás mencionadas antes en ningún relato conocido, situadas a cincuenta leguas 150 MN o más de la costa, el Noreste del Estrecho (de Magallanes)" (6). La "prescripción" es un argumento de derecho internacional para debatir cuestiones de soberanía posterior a la Primer Guerra Mundial. Determina que la "ocupación pacífica e ininterrumpida durante un cierto lapso puede afianzar la soberanía, al margen de la justicia o injusticia de la ocupación inicial" (7). La prescripción es una especie de "derecho del intruso" a nivel internacional (8).

La pretensión de soberanía argentina tiene cuatro elementos principales:

- Las Bulas Papales Inter Caetera y Dudum Si Quidem (1493) y el posterior Tratado de Tordesillas (1494) que dividía al mundo entre España y Portugal a lo largo de una línea de 370 leguas, al Oeste de las Islas de Cabo Verde.
- El descubrimiento. (9).
- La intención de ocupar efectivamente las islas (animus occupandi) y su materialización (Corpus occupandi) por parte de España primero y de la Argentina después. (10).
- La norma de derecho internacional interamericano del uti possidetis juris que reclama la soberanía como herencia de España. (11).

La pretensión argentina afirma que España tenía ciertos

derechos a las Islas en virtud del Tratado de Tordesillas y, en realidad, descubrió las Malvinas en 1520 cuando el Capitán portugués Esteban Gómez (parte de la expedición de Magallanes financiada por España) informó del hallazgo. (12). España ocupó las Islas durante más de 40 años, a fines del siglo XVIII y principios del Siglo XIX. La Argentina las ocupó durante otros 12 años, hasta que fue expulsada por Gran Bretaña en 1833. (13). A estas ocupaciones les son aplicables las normas del animus y corpus occupandi y del uti possidetis juris.

Desde ya que las pretensiones de ambos bandos son mucho más precisas, pero la descripción que antecede capta la esencia de cada una. Lo cierto es que según el derecho internacional actual, ni las bulas papales del siglo XV ni el descubrimiento tienen mayor importancia si no hay pruebas evidentes de ocupación real. (14). De todos modos, aparentemente las islas fueron vistas, sucesivamente, por un italiano (1502), un portugués (1520), un inglés (1592) y un holandés (1600). Lo único claro acerca del descubrimiento es que no está claro.

Una cosa es descubrir y otra, muy diferente, es habitar. La mayoría coincide en que el primer desembarco en las islas fue el del Capitán John Strong, inglés, en 1690. (15). Strong partió luego de bautizar a las islas en honor a Lord Falkland, el entonces Alto Comisionado del Almirantazgo y de reclamarlas para la Corona Británica. El primer asentamiento lo realizó un francés,

84 años más tarde, en 1764. Abatido por la derrota de Francia ante Inglaterra en la Guerra de los Siete Años y por la consiguiente cesión de Canadá y de su provincia francesa de Quebec a Gran Bretaña en 1763, Louis Antoine du Bougainville zarpó de Nueva Escocia en buques fabricados en St. Malö, Francia. Bougainville construyó Port Louis en la Isla Soledad, cerca de donde se levanta actualmente Puerto Stanley. Bautizó a las islas con el nombre de "Isles Malouines", de donde proviene el nombre latinoamericano de las islas. (16). Bougainville reclamó las islas para Francia y se dedicó a montar una industria ballenera. Un año después de la radicación francesa, en 1765, el inglés John Byron fundó Puerto Egmond en la Gran Malvina (quizás en la Isla Saunders) y reclamó las Malvinas para Jorge III. (17).

Frente a estas dos pretensiones, España dio dinero al francés para quitarlo del medio y amenazó al inglés. Para 1767 Francia había renunciado a su pretensión sobre las islas y España había reemplazado a Bougainville en Puerto Soledad, tal como había sido rebautizado Port Louis. En 1770 España reunió una pequeña flota y 1600 hombres. Aunque los ingleses capitularon en Puerto Egmond, luego de algunas negociaciones se les permitió volver (18).

Las negociaciones formales dejaron planteada la cuestión de la soberanía. pero algunos afirman que había un acuerdo secreto según el cual, en realidad, había un quid pro quo. Se dice que en el acuerdo secreto España autorizaba a Inglaterra a volver a ins-

talarse en Puerto Egmond por un tiempo y que Inglaterra debía retirarse luego y reconocer la soberanía de España. (19). La existencia de este acuerdo secreto es bastante controvertible. Los británicos se retiraron de Puerto Egmond en 1774 dejando una placa en la cual se ratificaba la soberanía británica. España quedó como única poseedora de las islas durante los 37 años siguientes o sea hasta 1811 cuando se retiró luego de la rebelión contra la dominación española ocurrida en el continente sudamericano.

En el breve capítulo siguiente en la historia de las islas las tres partes que al cabo de 150 años iban a reunirse a raíz de la controversia de las Malvinas -Argentina, Gran Bretaña y los Estados Unidos- también convergieron para plantar las simientes del conflicto moderno. Después de la retirada de España, en los nueve años comprendidos entre 1811 y 1820 las islas quedaron en manos de balleneros y foqueros. Marinos portugueses, holandeses, franceses, británicos y americanos usaban las islas como depósito y refugio temporario para incursionar en el Atlántico Sur. Como dijo un escritor, "Ningún país dominaba" y, para algunos, esta irrupción en la ocupación española es un factor negativo para la pretensión argentina basada en la norma del corpus occupandi (20).

Para 1820 las Provincias Unidas del Río de la Plata (lo que luego sería la Argentina) tomaron posesión de las islas y enviaron al gobernador Louis Vernet para fundar "una gran pesquería

nacional". Entre 1826 y 1831, Vernet llevó a las islas a 90 personas de diferentes nacionalidades. En 1829, las autoridades de Buenos Aires crearon una "Comandancia Política y Militar" de las Malvinas y designaron comandante a Vernet. (21). Estos actos levantaron fuertes protestas británicas a través de su Embajador en Buenos Aires y, en verdad, el gobierno argentino de Juan Manuel de Rosas ofreció ceder las islas a los británicos, quienes se negaron a pagar por lo que consideraban que ya les pertenecía. (22).

Con mucho entusiasmo Vernet trató de afirmar su autoridad en las Islas y comenzó a adoptar medidas para controlar a los buques extranjeros que navegaban por la región. En 1831 capturó tres buques foqueros norteamericanos. Estados Unidos por su parte, consideraba que las Malvinas eran terra nulius, o sea que ningún país ejercía soberanía sobre ellas y no reconocía la autoridad de Vernet (ni la de la Argentina). (23). Se envió al buque de guerra norteamericano USS Lexinton y Puerto Soledad fue saqueado. Un año después Gran Bretaña volvió a fundar Puerto Egmond y desde allí, en enero de 1833, obligó a la rendición a la guarnición argentina de Puerto Soledad. Desde el 4 de enero de 1833 hasta el 2 de abril de 1982, las Malvinas fueron gobernadas en forma bastante pacífica a pesar de los persistentes esfuerzos argentinos (desde la Segunda Guerra Mundial) para volver a tratar el tema de la soberanía.

Hemos tratado esta reseña histórica sobre el tema de la

soberanía en las Malvinas para demostrar la fragilidad de los fundamentos en que se basan las pretensiones de ambos bandos. En realidad, ni Gran Bretaña ni la Argentina tienen demasiada prisa por someter el caso a arbitraje. A principios del presente siglo, el mismo Foreign Office británico expresó dudas acerca de su posición (24). Por otra parte en 1947, la Argentina rechazó una propuesta británica para someter la cuestión de la soberanía sobre las Islas al Tribunal Internacional de Justicia. (25). Esta negativa de ambos a someter sus reclamos a arbitraje se debe a las dudas que tienen acerca de como podría aplicarse el derecho internacional y de cómo podría interpretar el mundo la agresión británica del siglo XIX.

La historia cubre buena parte de las explicaciones argentinas por haber recurrido a la fuerza en 1982. El gobierno argentino justificó su invasión a las islas afirmando que se limitaba a recuperar lo que legalmente le pertenecía. Argumentaba que los británicos se habían apoderado de las islas por la fuerza en 1833 y que la actitud argentina era sólo una reacción contra la ilegítima acción británica. (26) Es indudable que los británicos usaron la fuerza para apoderarse de las Islas en 1833. En realidad, antes de la Primera Guerra Mundial, cuando se modificó el derecho internacional en materia de soberanía y se dio cabida a la doctrina de la "prescripción", los británicos estaban preocupados porque la "...postura del Gobierno Argentino no es del todo injustificada y

nuestra actitud ha sido un poco altanera" (27). Sin embargo, la teoría legal y política aceptada durante los siglos XVIII y XIX difiere totalmente del moderno derecho internacional. Analizada con la perspectiva de su época, la invasión británica a las islas realizada en 1833 fue un acto llevado a cabo por un país soberano con derecho -desde la perspectiva británica de su pretensión sobre las Islas- y facultades para utilizar la fuerza sin tener que dar explicaciones internacionales (28). Desde la Primera Guerra Mundial se ha tratado de restringir el uso de la fuerza para resolver disputa La Carta Orgánica de las Naciones Unidas sólo permite el uso de la fuerza para la autodefensa y en medidas colectivas autorizadas por el Consejo de Seguridad. Por lo tanto vemos que el derecho internacional ha cambiado desde que los británicos se apoderaron de las Islas, hace 150 años. Vemos entonces que dada esta metamorfosis legal internacional y la considerable confusión histórica existente en materia de soberanía, la intervención argentina mediante el uso de fuerza en las Malvinas constituyó un evidente ataque armado contrario a las obligaciones contraídas según la Carta Orgánica de la ONU, Artículo 2 (4).

Si bien la cuestión de la soberanía sobre las Malvinas no es clara, lo de las Islas Georgias y Sandwich del Sur parece un caso perfectamente definido. España no reclamó ninguno de los dos grupos, ya que no estaban incluídos en el área comprendida por el Tratado de Tordesillas. Por consiguiente, cualquier reclamación

argentina basada en el uti possidetis juris o en el tratado de 1494 carecería de validez. Los británicos también parecen tener ventajas con respecto al descubrimiento y a las intenciones de ocupación. El Capitán John Cook, inglés, llegó a las Georgias del Sur en 1775 y descubrió las Sandwich del Sur ese mismo año. Las Georgias del Sur están pobladas por británicos desde 1909. En contraste con esto, los primeros reclamos argentinos sobre las Georgias del Sur datan de 1924 y los referidos a las Sandwich del Sur fueron presentados en 1947. La Argentina basa sus reclamos en la proximidad y en la unidad territorial, dos argumentos que se ven debilitados por los precedentes legales internacionales y por el hecho de que las Islas no están muy próximas. (28 a). Aunque la Argentina ha mostrado poca disposición a someter estas reclamaciones a arbitraje, las ha reiterado tenazmente porque sin ellas, sus reclamos sobre una gran superficie de la Antártida se debilitaría sensiblemente (29).

Negociaciones y Autodeterminación

Si bien el tema de la soberanía sobre las Islas Malvinas es antiguo, recién se convirtió en una controversia grave a partir de la Segunda Guerra Mundial. Entre los factores que contribuyeron a aumentar la estridencia del caso tenemos el nacionalismo argentino liderado por Perón, y el anticolonialismo alentado por la ONU, decidida a terminar con los imperios coloniales de las potencias europeas. En la segunda mitad de la década del 40 y a principios de la del 50 el tema produjo fricciones por los intentos argentinos de inscribir sus reclamos sobre las Islas dentro del contexto del sistema Inter-Americano (que se estaba creando entonces). En Río en 1947, en Bogotá en 1948, en Washington en 1953 y en Caracas en

1954, las delegaciones argentinas promovieron proyectos de resolución a tal fin. Estos esfuerzos fracasaron pero quedaron puntualizados durante el verano antártico de 1947-48 por las maniobras que realizó la marina argentina cerca de las islas, hasta que una respuesta británica la obligó a suspenderlas.

Durante la década de 1960, la Argentina llevó su inquietud a la ONU y en 1965 obtuvo la Resolución 2065 de la Asamblea General. La Resolución se refería a las Malvinas calificándolas de problemas colonial, citaba la Resolución 1514 de 1960 "para poner fin a toda forma de colonialismo en el mundo", exigía que Gran Bretaña y la Argentina hallaran una solución rápida y pacífica de acuerdo con la Carta de la ONU y los intereses de la población (29b). Bajo presión internacional y económica -rechazar exportaciones y reducir gastos de defensa, especialmente en zonas alejadas- el Secretario de Relaciones Exteriores británico George Brown se reunió en Nueva York en 1967 con el Canciller argentino Nicanor Costa Méndez, uno de los pocos actores constantes en la etapa moderna de la controversia. Estas conversaciones fueron significativas porque mientras que los argentinos hacen la cuenta regresiva de sus 17 años de frustraciones en las negociaciones iniciadas con la Resolución de la ONU de 1965, las negociaciones Brown/Costa Méndez de 1967 marcan el comienzo de varios esfuerzos políticos internos británicos para frustrar y obstaculizar cualquier acción tendiente a discutir el problema de la soberanía sobre las islas (30).

La delegación británica quedó satisfecha con las conversaciones de 1967. Le habían prometido a la Argentina que la soberanía era negociable y esperaban que la realización de negociaciones fructíferas fomentara los lazos comerciales con la Argentina

y permitiera disminuir los gastos de defensa en el remoto Atlántico Sur. Sin embargo, en Gran Bretaña se estaban formando otras fuerzas conocidas como el "Lobby Malvinas" que utilizaban tanto medios de difusión como parlamentarios para lograr una decisión política contraria a todo retiro de las islas. Para mitigar el creciente daño político, el Gobierno Laborista prometió a la Cámara de los Comunes, el 1°de abril de 1968, que para cualquier arreglo "los deseos de los isleños son condición absoluta" (31). Ese requisito ha sido el mayo obstáculo existente para las negociaciones británicas a lo largo de 15 años.

Hay alrededor de 1800 "Kelpers", como se autodenominan los isleños de las Malvinas. Aunque su idioma y cultura son anglo, sólo hay un 20% de ciudadanos británicos nativos. Hasta después de la guerra de 1982, la población disminuía anualmente, en su mayor parte por las escasas oportunidades económicas existentes. En cierta forma, las Malvinas son un retroceso a la época colonial. Son administradas casi totalmente por la "Falkland Island Company" (FIC) que posee el 50% de la tierra. Como dijo un periodista británico luego de visitar las islas en 1978:

"Los hombres del Campo -la zona aledaña a la ciudad de Stanley- viven en barrios de la empresa, levantados en terrenos de la empresa. Hacen sus compras en los almacenes de la empresa, adquieren productos transportados en buques de la empresa y sus gastos son descontados de los salarios que paga la empresa. Muchos la usan como si fuera un banco. La lana que esquilan de las ovejas de la empresa va a Tilbury, pasando por depósitos que son también de la empresa, y es vendida en Bradford en el mercado lanero de la empresa. A través del transporte y comercialización, la FIC extiende

su influencia sobre los otros pocos terratenientes de la isla. Para mal o para bien, las Malvinas, son propiedad de la empresa" (33).

A pesar de vivir en un medio colonial típico del siglo XIX, los "Kelpers" se mantienen firmes en su deseo de permanecer bajo dominio británico. A través del Lobby Malvinas pusieron obstácu los políticos a las negociaciones con la Argentina que excedían su capacidad aparente y que, podría agregarse, nada tenían que ver con los deseos del pueblo británico el cual, en líneas generales permanece indiferente a la cuestión (34).

Como consecuencia de la intransigencia política imperante en Gran Bretaña en 1968 el gobierno envió un representante del Foreign Office a las Islas y a la Argentina. Volvió con tres conclusiones: Los isleños insisten, inflexiblemente, en seguir siendo Británicos; la cuestión de las Islas reviste gran interés para la Argentina; y, lo más alarmante y profético, "si no se hace nada, es probable que se produzca un conflicto" (35).

A fines de la década del 60 y principios de la del 70 aumentaron las presiones internacionales para llevar adelante las negociaciones. La resolución 3160 de la ONU expresaba "grave preocupación" por la falta de progresos sustanciales en las negociaciones. En 1967, 1969 y 1971 se produjeron llamamientos de la Asamblea General de la ONU para continuar las negociaciones. Esta presión internacional, así como la intransigencia política interna para negociar la soberanía con la Argentina, forzó al gobierno británico a cambiar su estrategia a principios de la década de 1970. En lugar de afrontar frontalmente la cuestión de la soberanía, se trataría de aumentar los lazos de la Isla con la Argentina.

Desde el punto de vista británico esto ofrecía varias ventajas: Le daba un aura -si bien no la sustancia- de avance a las negociaciones con la Argentina y ofrecía la oportunidad de atraer a los isleños hacia la causa argentina. En realidad se trataba de una estrategia destinada a superar la oposición política que despertaba la idea de entregar las Malvinas a la Argentina. Así, en 1970-71 la Argentina brindó servicios postales y aéreos y construyó una pista de aterrizaje en Puerto Stanley. En 1974, la Argentina ofreció abastecimiento de combustible más barato que la FIC y se la autorizó a construir tanques de almacenaje cerca de Puerto Stanley. Estas medidas no tuvieron el efecto esperado por parte del gobierno británico. Los isleños se tornaron más recelosos aun y el gobierno argentino vio aumentadas sus frustraciones por las demoras en resolver la cuestión de la soberanía.

En 1975, el nuevo embajador británico recibió una leve pero firme admonición de Isabel Perón, cuando presentó sus credenciales. Sus recomendaciones al gobierno británico tendrían importantes consecuencias en el posterior conflicto armado. El Embajador propuso realizar un estudio económico con el fin de ampliar la cooperación económico-científica entre Gran Bretaña y la Argentina. El informe Shackleton resultante (en honor a Lord Shackleton, que encabezaba el grupo de investigación) criticaba la mono-economía de las Islas y se mostraba optimista acerca de las áreas de crecimiento económico potencial y, en particular, acerca de sus re-

cursos marítimos (37). El informe decía que, contrariamente a lo que afirmaban algunos políticos británicos, las islas no eran una carga financiera para el Reino Unido pues, durante más de 25 años el Tesoro había tenido superávit gracias a los dividendos e impuestos a las sociedades (38). Shackleton criticaba a la FIC por no re-invertir en las islas y por contribuir a su mono-economía. Su informe destacaba el tremendo potencial en recursos marítimos incluídas las riquezas pesqueras, el petróleo, el gas y los derivados de las algas. Shackleton reiteró que el incierto status de las islas desalentaba la inversión extranjera. (39). Este informe tuvo un doble efecto en la Argentina: llevó a los argentinos a sospechar de las intenciones británicas y alentó su causa por la soberanía sobre esta región con tanta riqueza potencial.

Para 1979, cuando subió al poder el gobierno de la Sra. Thatcher, parecía necesario hacer algo para sacar las negociaciones del atolladero. Había varios factores que apuntaban en tal sentido y que el gobierno británico conocía. La inteligencia británica había informado acerca de un plan argentino para invadir las islas, quizás perfeccionado o extraído de antiguos planes de contingencia de marzo de 1976, cuando los militares se apoderaron del gobierno. (40). También en 1976 el buque científico Shackleton fue perseguido por el destructor argentino Storni (que además le ordenó detenerse) en las cercanías de las Malvinas (80 millas al sur). No hubo bajas ni daños y el destructor argentino se retiró

cuando el Shackleton se aproximaba a Puerto Stanley. Sin embargo, este y otros incidentes en los cuales hubo desembarcos civiles argentinos y colocación de banderas en Puerto Stanley a fines de la década de 1970, demostraban que tanto el pueblo como las autoridades argentinas tomaban muy en serio la cuestión de la soberanía sobre las islas (41). A fines de 1977, a partir de un informe según el cual los argentinos estaban concentrando elementos militares en el Sur, enviaron dos fragatas y un submarino. Posteriormente se originó una controversia acerca de si se les había dicho a los argentinos alguna vez lo que habían hecho los británicos (cuestión de vital importancia en 1982, cuando el gobierno argentino, obviamente subestimó la decisión británica. Aunque no se volvió a debatir la situación en reuniones posteriores, las negociaciones de diciembre de 1977 fueron tensas y hasta 1980 se avanzó muy poco. La situación se tranquilizó en 1978 cuando la Argentina estuvo al borde de la guerra con Chile por la soberanía sobre islas que dominan el extremo oriental del Canal de Beagle. En Gran Bretaña aumentaba el incentivo para negociar puesto que en 1979 se había tomado la decisión de no tener una fuerza de tareas permanente en las islas, a un costo de U$S 315 millones anuales. (43).

En 1980, el gobierno británico propuso una opción de lease-back similar a la que tiene con la República Popular China por Hong Kong. Mediante esta opción se otorgaría la soberanía sobre las Malvinas a la Argentina la cual, a su vez, cedería en arrendamien-

to al Reino Unido los derechos administrativos y de otra índole por un lapso de 25-50 años (por lo menos, así esperaban los británicos). A su retorno a Gran Bretaña desde la Argentina y las Malvinas el funcionario del Foreign Office autor de la opción del lease-back, Sr. Nicholas Ridley, albergaba la esperanza de poder solucionar la cuestión. Sin embargo, se encontró con una tenaz resistencia en la Cámara de los Comunes. Sus moderadas declaraciones en el sentido de que el gobierno buscaba una solución "aceptable para todos" y de que "cualquier eventual arreglo tendría que ser aprobado por los isleños" y por los Comunes, fueron "abucheadas desde los cuatro costados de la cámara" (44). La posterior respuesta de Ridley en una reunión privada fue en cierta forma profética: "Si no hacemos algo, van a invadir. Y no podemos hacer nada" (45). El resultado final de todo esto fue profundizar la decisión isleña de seguir siendo británicos. Cuando se reanudaron las conversaciones en febrero de 1981 en Nueva York, la delegación argentina ofreció convertir a las Malvinas en su "región mimada", lo que sólo sirvió para confirmar la posición de fuerza de los isleños y endurecerlos todavía más en su idea de seguir siendo británicos.

Fue en este clima que se realizaron las últimas y fatídicas negociaciones, en febrero de 1982. Los británicos concurrieron para ganar tiempo. Los argentinos querían verdaderos avances. Pero nos referiremos a esto más adelante. Lo que debe destacarse

aquí es que las negociaciones han sido prolongadas y, para los argentinos, particularmente frustrantes. Estas negociaciones se han caracterizado por la flexibilidad de ambas partes. Gran Bretaña se fue desplazando hacia la postura de negociar la soberanía (actitud coronada por el Foreign Office cuando en 1980 ofreció la opción del lease-back). La Argentina estuvo dispuesta a debatir la cuestión de la soberanía para ampliar otros lazos con las islas. Uno de los principales obstáculos para que pudiera llegarse a un acuerdo estaba contenido en la Resolución 2065 de la ONU: tener en cuenta "los intereses de la población de dichas islas". Cuando el gobierno británico hizo de esto una exigencia absoluta para las negociaciones, redujo su flexibilidad negociadora a un solo punto. Los argentinos, por su parte, seguían reclamando la soberanía.

Economía y Geopolítica

Si el detonante de la guerra fue, en parte, la frustración argentina por el fracaso de las negociaciones, hay aspectos económicos y geopolíticos del Atlántico Sur que encierran causas más profundas. En 1974, un grupo de Relevamiento Geológico norteamericano determinó que en los marea adyacentes a la Patagonia Argentina y en torno a las Malvinas había grandes posibilidades petrolíferas. El potencial estimado oscilaba entre 40 y 200 mil millones de barriles de petróleo. (46). O sea, casi cuatro veces más

que frente a la Plataforma Atlántica norteamericana y nueve veces más que en los yacimientos del Mar del Norte. No obstante, algunos expertos opinan que sería muy difícil extraer el petróleo. (47). Los británicos estiman que se necesitarían dos años de trabajos sísmicos y tres de perforaciones exploratorias para hacer una estimación cierta de los yacimientos. Lo cierto es que las empresas petrolíferas están interesadas en el petróleo off-shore argentino, pues en este momento están trabajando en la zona de Tierra del Fuego. No hay seguridad sobre la existencia de otros recursos minerales en torno a las Malvinas, pero en algunos lugares de la plataforma continental argentina hay fosfito (para fertilizantes), cobalto, circonio, manganeso, oro, plata y, por supuesto, hidrocarburos. (49). Debido a la incertidumbre política existente no se han hecho trabajos exploratorios frente a las Islas.

Según el informe Shackleton había abundantes recursos pesqueros los que, a su vez, eran lo único aprovechable con la tecnología actual. El principal recurso pesquero de la región es el krill. El krill es un crustáceo de 6 cm. de largo, que se encuentra en los 200 m. superiores de la columna de agua. Contiene aproximadamente un 60% de proteínas, como la langosta o la carne vacuna. Los cálculos indican que la recolección anual oscilaría entre 60 y 100 ton. métricas, o sea que equivaldría a 1-11/2 veces la pesca mundial. (50).

Hasta ahora, la lana fue el principal producto de las is-

las. Hay actualmente cerca de 650.000 ovejas en las Malvinas. (51).

Geopolítica y estratégicamente las Malvinas y otros grupos insulares cobran importancia. Fue desde las Malvinas que los británicos destruyeron la Flota del Almirante Von Spee en 1914 a fin de eliminar la amenaza naval alemana de las aguas americanas. En 1939, los británicos establecieron una base en Malvinas para defender el Estrecho de Magallanes, en un exitoso ataque contra el Graf Spee, que luego se hundió frente a la costa uruguaya. Mirando un mapa se advierte que las Malvinas controlan el Pasaje de Drake y el Estrecho de Magallanes. A excepción del Canal de Panamá, son el único nexo entre el Atlántico y el Pacífico. Además, dominan la mayoría de los pasajes del Atlántico Sur hacia la Antártida.

Una resolución sobre la soberanía en las Malvinas también será la clave para reclamaciones en pugna sobre la Antártida. Las reclamaciones británica y argentina se superponen casi totalmente y están geográfica y estratégicamente unidas a la soberanía en las Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. (53). Por ejemplo, el extremo oriental de ambas reclamaciones (20° W para Gran Bretaña y 25° W para la Argentina) está unido directamente a las Sandwich del Sur. En el caso británico, la pérdida de las Malvinas haría impracticable el control de las Georgias y Sandwich del Sur (aunque no afectase necesariamente la soberanía sobre ellas). Además tendría una repercusión negativa directa sobre la capacidad británica

de respaldar sus reclamos legales sobre la Antártida con bases y expediciones que puedan recibir apoyo. En cuanto a la Argentina, toda confirmación de soberanía británica (por ej., el reconocimiento internacional) sobre las Malvinas tendría un efecto doblemente negativo. Haría insostenibles los reclamos sobre las otras islas y limitaría seriamente la lógica legal y geopolítica de las reclamaciones argentinas sobre grandes extensiones marítimas y del continente antártico (54).

La soberanía sobre estos grupos de islas también tiene gran importancia para las reclamaciones argentinas sobre mar patrimonial y su futuro como potencia marítima en el Atlántico Sur. En este aspecto, el conflicto por el Canal de Beagle y el de las Malvinas están íntimamente relacionados para los argentinos. La primer controversia, con Chile, es por la soberanía sobre tres islitas: Picton, Nueva y Lennox, que dominan la boca oriental del Canal de Beagle. En resumen, tanto para la Argentina como para Chile, estas tres islas son clave. Con ellas Chile tendría acceso al Atlántico Sur y a la Antártida (así como casi exclusivo control sobre el área del Pacífico correspondiente a su región). Bajo control chileno, las islas limitarían el acceso argentino a sus bases en la Antártida y podrían poner en peligro las pretensiones argentinas sobre el continente antártico (55). Argentina y Chile sometieron la cuestión a arbitraje y la Argentina perdió (algunos dicen que porque fue un arbitraje británico y porque su solución

repercutiría directamente sobre la cuestión de la soberanía en las Malvinas) (56).

Los dos asuntos -el de las Malvinas y del Canal de Beagle- tienen varias cosas en común:

- Son islas con antiguos y complicados antecedentes de confusión en materia de soberanía.

- Su importancia ha aumentado en virtud de las actuales reclamaciones geopolíticas -sobre la Antártida y sobre el mar patrimonial- que tienen importantes repercusiones económicas y militares para quienes las plantean en el Atlántico Sur y en la Antártida.

- Despiertan poderosas y aglutinantes pasiones nacionalistas.

La disputa por el Canal de Beagle y por las Malvinas estaban estrechamente relacionados en las mentes de las autoridades argentinas que a principios de 1982 (57) decidieron atacar las islas en posesión de los británicos. Después del fracaso (según opinión argentina) del arbitraje de 1977 por la cuestión del Canal de Beagle, la mediación del Papa (en contraposición al arbitraje obligatorio) impidió que estallara una guerra con Chile en 1978. Para principios de 1982, el entonces nuevo gobierno argentino, encabezado por el Gral. Leopoldo Fortunato Galtieri, se debatía, fastidiado, contra el arbitraje papal, muy probablemente porque el Papa ratificaba la anterior decisión, en contra de la

Argentina. En realidad, a mediados de enero, la Argentina denunció formalmente toda intención de renovar el tratado de 1972 con Chile sobre Arreglo Judicial de Disputas que estaba por caducar. No se sabe a ciencia cierta, pero parece posible que el gobierno argentino haya demorado todo anuncio/decisión sobre el Canal de Beagle, hasta consolidar su posición en las Malvinas. Así quedarían aseguradas sus pretensiones en el Atlántico Sur y se pondría freno a Chile, cualquiera fuese la decisión a que se llegase sobre el Canal de Beagle.

El resumen final de este análisis indica que para los argentinos (y en menor medida para los británicos) las Islas Malvinas son mucho más importantes de lo que parecen. Son vitales para la geopolítica, la estrategia y la economía del Atlántico Sur. Los antecedentes en materia de soberanía son, no cabe duda, complejos y confusos. Su realidad depende, en gran medida, de la relación enfoque pre-siglo XIX vs. normas de conducta internacional del siglo XX. A través de los años, esos enfoques han ido conformando las negociaciones de manera tal que estas han sido intrínsecamente contradictorias. Ambas partes han demostrado cierta flexibilidad aunque manteniéndose absolutamente intransigentes sobre las cuestiones fundamentales de: autodeterminación de los isleños, por parte británica, y soberanía territorial, por parte argentina. Haciendo un análisis retrospectivo, si se considera la distancia que mediaba entre posiciones tan dispares y otros fac-

tores -analizados en los capítulos que siguen- era probable que se produjera un conflicto armado (que fue lo que en realidad ocurrió).

CAPITULO I - Notas

(Ver páginas 21, 22 y 23 del original).

CAPITULO II

LA GUERRA: Sus Causas y Errores de Cálculo

> "Soy militar, me gustan las palabras sencillas y los conceptos claros". General Leopoldo Galtieri, discurso pronunciado en la Provincia de La Pampa, el 13 de febrero de 1982 (1).

Diciembre de 1981: Cambio en la Cúpula Militar

El General Galtieri asumió como jefe de la Junta argentina el 22 de diciembre de 1981. Los problemas que afrontaba eran de envergadura. El 24 de marzo de 1976 los militares argentinos habían derrocado a Isabel Perón. Como causas del golpe se citaron: corrupción, alto índice de delitos, difusión del terrorismo y caos económico. La Junta prometió un "proceso de reorganización nacional que tenía tres objetivos:

- acabar con el terrorismo político de izquierda y de derecha,
- poner fin a la inflación,
- reimplantar la democracia en la Argentina. (2).

Para fines de 1982 el desempeño de la Junta no había sido bueno. El terrorismo había sido ciertamente dominado y había disminuído el índice de delincuencia. Nuevamente se podía caminar sin sobresaltos por las calles de Buenos Aires. La campaña anti-terrorista provocó, no obstante, fuertes acusaciones,

dentro y fuera de la Argentina, sobre gruesas violaciones de los derechos humanos. Enfrentados a una grave subversión izquierdista, los militares habían declarado la guerra. Los métodos fueron draconianos y fueron arrestados algunos, quizás muchos, que no tenían nada que ver con los subversivos. Se ignora cuantos *desaparecidos* hay, pero las estimaciones van de miles a decenas de miles (3). También obsesiona a la Junta el tiempo que hace desde que los militares se apoderaron del control político. Los argentinos de todas las tendencias políticas quieren volver a un gobierno civil. Más aun, cuando Galtieri desplazó a Viola del gobierno, la reacción política fue negativa. Tal como lo expresó un gobernador provincial argentino "...todo gobierno que no haya sido elegido por el pueblo está destinado al fracaso" (4).

Desde el punto de vista económico, el gobierno militar argentino fue un desastre. La estrategia de la Junta consistía en retornar a una economía libre, disminuyendo la intervención del estado (por ej. revendiendo las empresas nacionalizadas), deteniendo el gasto público, eliminando medidas proteccionistas y siguiendo una política de intercambio liberal. El valor del peso se mantuvo artificialmente alto y, de esta forma, se alentó el gasto en el exterior. No se concretaron restricciones al gasto público y al aproximarse 1982 el programa estaba al borde del colapso. Cuando asumió Galtieri, la inflación era del 200%; la tasa de crecimiento era negativa y había un 16% de desempleo,

mientras los sueldos habían caído un 12% y la deuda externa argentina ascendía a U$S 32 mil millones, 20 mil de los cuales correspondían al endeudamiento del sector público.

Las frustraciones populares producidas por estos problemas políticos y económicos se manifestaron a los tres meses de que Galtieri asumiera el cargo. El 30 de marzo, tres días antes de los desembarcos en las Malvinas, se realizaron grandes manifestaciones en Buenos Aires, Córdoba, Mendoza y Rosario. Solamente en la capital hubo 1.200 arrestados. El creciente sentimiento anti-militarista estaba llègando a su punto culminante (7). Sin embargo, además de estos problemas políticos y económicos, había otros incentivos para que la junta de Galtieri se decidiera a hacer algo para sacar al país del tirabuzón en que había entrado.

EL RESPONSABLE

Con 55 años de edad y 1,80 m. de altura, Leopoldo Fortunato Galtieri da imagen de fortaleza y decisión. Lo cierto es que hasta que fue designado Comandante en Jefe del Ejército, a principios de 1979, su carrera había sido bastante chata. Provenía del cuerpo de ingenieros, el escalafón menos atractivo del Ejército y no se destacaba por ser especialmente inteligente. Lo que le faltaba en sagacidad, le sobraba en atractivo (8). En el otoño de 1981 hizo dos viajes a los Estados Unidos, uno para visitar instalaciones militares norteamericanas y el otro para asistir a la Conferencia Interamericana de Comandantes en Jefe de Ejército. Galtieri causó muy buena impresión en Estados Unidos. Tenía un ligero parecido a George C. Scott, que desempeñó

el papel protagónico en Patton, y "no ocultaba su placer cuando se lo mencionaba como el Gral. Patton de la Argentina" (9). En síntesis, el Gral. Galtieri estaba convencido de ser el hombre que podía sacar a la Argentina del pantano.

En su discurso inaugural, pronunciado el 23 de diciembre de 1981, el nuevo presidente puso de manifiesto sus orígenes militares y, al mismo tiempo, la idea que él tenía de su profesión. Como militar había llegado al gobierno "con las manos limpias y sin compromisos". Dijo también, ... "mis intenciones son claras"... "cumplir la misión...". La "misión", tal como él la consideraba, consistía en ganarse la confianza del pueblo argentino mediante medidas políticas que preparasen el camino para la estabilidad sin "autoritarismo" y mediante medidas económicas que reiteraban la estrategia de libre mercado, pero reduciendo el gasto público. El mismo Galtieri prometió entregar su sueldo de presidente al tesoro público. Luego formuló la visionaria promesa de llevar a "la nación hacia su destino de gloria" y de no "ceder ni una pulgada en nuestros derechos de autodeterminación soberanos" (10). Estas palabras reflejan el carácter de Galtieri. Como lo expresó un observador en la Argentina, "El Gral. Galtieri se veía a sí mismo como un hombre marcado por el destino". Calificado de "impulsivo", "tenaz en lo que se proponía", y proclive a caer en extremos, "tenía la obsesión de pasar a la historia como el que había recobrado las Malvinas para la Argentina (10a). No se sabe a ciencia cierta si Galtieri fue el único autor del plan para recuperar las Malvinas -o si fue siquiera su inspirador. Lo que sí es evidente es que la decisión de hacerlo tuvo motivaciones

B

tanto personales como políticas.

Galtieri no era un dictador, y no podía tomar la decisión solo. Era el miembro de mayor jerarquía de una Junta integrada por los comandantes de las tres fuerzas armadas. Jorge Isaac Anaya era el jefe de la muy disciplinada y unificada marina y, por lo tanto, era el miembro de la junta más sólido. Probablemente haya sido también la fuerza clave en la decisión acerca de las Malvinas. El Brigadier Gral. Basilio Lami Dozo, el miembro más moderno de la junta, era el jefe de la fuerza aérea. La Junta dependía, a su vez, de la aprobación de un grupo de altos oficiales pertenecientes a las respectivas fuerzas -aprobación que la Junta no requirió cuando decidió atacar las Islas y que tuvo gran importancia en las negociaciones posteriores al 2 de abril. Ambos eventos influyeron negativamente en términos de resentimiento contra la Junta por la falta de confianza en la decisión inicial y por la resultante superposición de decisiones de jefes subalternos una vez que tuvieron la oportunidad de intervenir en el proceso de mediación.

Dada la disolución de poder imperante en la Junta. Galtieri tuvo un motivo real para actuar en 1982. Su período como comandante en jefe terminaba en diciembre de 1982. A partir de entonces disminuiría su influencia por la incorporación de un cuarto miembro de la Junta -el próximo comandante en jefe del ejército- y por la falta de control directo sobre un Ejército Argentino, políticamente poderoso, pero con tendencia a escindirse (12). Si Galtieri quería pasar a la historia, tenía 12 meses para hacerlo. (12 a).

Había Llegado la Hora

Los argentinos sentían gran frustración por los 17 años de infructuosas negociaciones con Gran Bretaña. Parecía que los británicos no tomaban con seriedad lo que la Argentina consideraba de vital interés nacional. En realidad, antes de abril de 1982, la mayoría de los ciudadanos británicos eran incapaces de ubicar las Malvinas en un mapa. A los argentinos, desde que nacen se les enseña que las Malvinas eran parte integrante del área patrimonial. Como dijo un escritor, "La política británica se había descarrilado peligrosamente. En Londres, no había suficiente poder de decisión como para resolver el diferendo de una vez por todas mediante un acuerdo con Buenos Aires ni para aceptar plenamente su responsabilidad por la prosperidad y seguridad a largo plazo de las islas" (13). Seguramente la Argentina creyó que Gran Bretaña era un "viejo Bulldog sin dientes". Las crisis económicas británicas acaecidas desde el desastre del petróleo de 1973, la decisión de radiar de servicio al HMS Endurance en 1979 -el único buque de guerra inglés basado en las islas- y la reciente independencia de Belice llevaron a Buenos Aires a considerar que la respuesta británica a la acción argentina contra las Malvinas (14) sería débil. Por otro lado, los precedentes de Belice y Guyana preocupaban a la Argentina: no querían que las Islas Malvinas fueran declaradas país independiente y quedaran expuestas a cualquier reclamo de soberanía (15).

1982 también parecía ser el año en que las relaciones de la Argentina con las superpotencias estaban en orden. Al tiempo que mantenía correctas relaciones políticas y distantes relaciones militares. La Argentina también convirtió a la Unión Sovié-

tica en su principal socio comercial gracias a las ventas de granos y carne vacuna de 1980 y 1981. (16). Estados Unidos, por su parte, trató de mejorar las relaciones con la Argentina luego de los malos momentos producidos por la política de derechos humanos del presidente Carter. La Administración Reagan derogó la enmienda Humphrey-Kennedy y aumentaron las visitas entre ambos países. Al mismo tiempo, Galtieri respaldaba políticamente la política norteamericana destinada a combatir a la subversión en América Central y es probable que hubiera enviado asesores (quizás no tanto en busca del aplauso norteamericano sino tratando de neutralizar a los montoneros argentinos que se hallaban en Centroamérica y que contaban con el apoyo de Cuba y Nicaragua). Sean cuales fueren los motivos de la Argentina, el gobierno norteamericano consideraba auspicioso el mejoramiento de relaciones con la Argentina, y Galtieri lo sabía.

El "Plan"

Hay indicios de que en enero de 1982 la Junta de Galtieri tenía un plan para tomar la iniciativa en las Malvinas. Es casi cierto que la mayor parte del plan fue publicada por el diario La Prensa de Buenos Aires, el 24 de enero. (17). El artículo escrito por Iglesias Rouco y titulado "La Ofensiva Extranjera" comienza con una descripción de la estrategia argentina para las entonces próximas negociaciones con Gran Bretaña por las Malvinas. Con la visión 20 x 20 de la retrospectiva, la nota tiene detalles muy precisos. El artículo decía así:

En un futuro próximo el Gobierno Argentino planteará diversas condiciones al Gobierno Británico a fin de proseguir las

negociaciones sobre las Malvinas. Si Londres no las acepta, la Argentina interrumpirá las conversaciones de inmediato. Según fuentes diplomáticas confiables, estas condiciones, que todavía se están redactando, serán "firmes y claras" y fijarán lapsos muy precisos para la solución de ...entregar finalmente las islas a la Argentina, acuerdo previo que Gran Bretaña debe aceptar expresamente...".

Esto es exactamente lo que la Argentina pidió e hizo durante las negociaciones con Gran Bretaña del 26-28 de febrero en Nueva York.

El artículo prosigue afirmando que el gobierno argentino "ha unido las Malvinas con el Beagle" y "parece dispuesto a poner en práctica un ambicioso plan diplomático y estratégico que le procurará a la Argentina un rol significativo en el Atlántico Sur y en materia de recursos económicos y geopolíticos y militares". El artículo dice que la "Argentina perseguiría algo que excede la mera recuperación de una parte de su soberanía. Por lo que nosotros sabemos, Washington comprende "y" ha manifestado su apoyo a "todas las acciones" conducentes a la recuperación, sin excluir acciones militares". Este error de cálculo es seguido por otro. El artículo agrega que "... tanto Estados Unidos como Europa consideran que si el próximo intento argentino por "clarificar" las negociaciones con Londres fracasa, Buenos Aires tomará las islas por la fuerza este año". Luego el artículo se refiere a la forma que podría adoptar la reacción estimada "..." se cree que la operación será bastante fácil, vistas las escasas fuerzas militares que hay en las islas y los be-

neficios que podrían conseguir los isleños ya que la Argentina está dispuesta a evitar derramamientos de sangre" y a compensar a los isleños por cualquier posible pérdida económica. "En cuanto a Inglaterra", agrega el artículo, "es probable que las relaciones diplomáticas queden "congeladas" durante un tiempo, pero esto seguramente no durará...". Confirmando por lo menos parcialmente esta última afirmación, están las observaciones formuladas por Galtieri y otros funcionarios gubernamentales argentinos en la ONU y en la OEA en el sentido de que se ordenó a las fuerzas argentinas que extremaran sus precauciones para impedir todo derramamiento de sangre británica durante la acción militar del 2 de abril.

Hay dos aspectos de este artículo que le confieren credibilidad. Primero, el plan argentino y las presunciones en las que se basó coinciden con lo que se conoce de los antecedentes históricos. Segundo, tres semanas después su autor fue acusado de revelar "Secretos de Estado". Posteriormente la acusación fue dejada sin efecto. (18).

En Resumen

A partir de esta evidencia pueden extraerse varias conclusiones. Primero, la junta no atacó las Islas por accidente, ni para neutralizar el descontento interno manifestado el 30 de marzo, ni para aprovechar la respuesta británica al incidente Davidoff de mediados de marzo en las Georgias del Sur. Hay indicios firmes de que el desembarco "civil" argentino realizado el 19 de marzo en Grytviken, Georgias del Sur, fue la primera etapa del plan de invasión argentino. Segundo, parecería que un encadenamiento

B

de factores -personales, nacionales e internacionales- llevaron a la Junta de Galtieri a elegir 1982 como año para retomar las Islas. Para la Junta, obviamente las Malvinas eran la respuesta clave a muchos problemas. Tal como quedó demostrado después del 2 de abril, fue el tema galvanizador nacional por excelencia que podía unir a la Argentina. Durante el período comprendido entre el 2 de abril y mediados de junio, todos los sectores políticos suspendieron voluntariamente sus críticas al gobierno. Si la Junta hubiera tenido éxito en su acción en las Malvinas, muchas piezas del enigmático rompecabezas de la Argentina, habrían encontrado su lugar. La situación de los militares habría mejorado considerablemente. Podrían haberse ampliado los horizontes económicos gracias a las promesas de recursos potenciales. Argentina habría fortalecido su posición frente a Chile por el Canal de Beagle. También se habrían consolidado notoriamente sus pretensiones sobre la Antártida y sobre un mar argentino en el Atlántico Sur.

Hay un tercer grupo de conclusiones referidas a los errores de cálculo cometidos por la Argentina. La Junta estaba convencida de que los británicos no reaccionarían militarmente. Esto queda demostrado no sólo por el artículo de Rouco sino por la acción militar argentina de principios de abril. Por ejemplo, luego del ataque inicial por fuerzas regulares de la Infantería de Marina, las Islas fueron ocupadas por conscriptos que tenían un período de adiestramiento máximo de entre 9 y 90 días. (21). El Ejército Argentino tenía unidades regulares: jamás fueron empleadas. La Infantería de Marina fue retirada después de que los

conscriptos ocuparon su lugar y, posteriormente, se le ordenó regresar cuando se hizo evidente que los británicos adoptarían una acción militar de envergadura. (22). La Junta de Galtieri subestimó groseramente la reacción mundial negativa frente al primer uso de la fuerza. Los países no-alineados y sus vecinos latinoamericanos se mostraron dispuestos a respaldar las pretensiones argentinas sobre las islas, pero casi todas "censuraban todo tipo de acción armada". (23). La Resolución 502 de la ONU que, entre otras, solicitaba el retiro de la Argentina, fue un verdadero shock para dicho país, más aun por la abstención soviética y el voto afirmativo norteamericano, los periódicos argentinos cuestionaron la prudencia de los cálculos de la Junta previos a la decisión. (24). Antes del 2 de abril la Junta nunca creyó, por cierto, que Estados Unidos fuera a respaldar abiertamente a Gran Bretaña.

Las pocas autoridades argentinas que decidieron seguir adelante con su plan -los miembros de la Junta y, quizás, el Canciller Costa Méndez- seguramente evaluaron mal el cambio que se iba a producir una vez superado el umbral de la opción militar. Hay cierta evidencia de que Galtieri esperaba un prolijo *fait accompli*. (25). Enviar tropas para un "desfile militar"; no derramar sangre (26); izar la bandera; sacar a los británicos de la trampa de la negociación; retirar los principales elementos militares una vez logrado el efecto. No obstante, una vez adoptada la alternativa militar, estaban en juego el honor nacional y marcial. La flexibilidad diplomática estaba limitada. La multitud de Plaza de Mayo del 10 de abril quería una victoria, Gal-

tieri, quizás, llevado por sus emociones, prometió a la multitud que no cedería ni "un m^2". La suerte estaba echada. Pero hay que computar otro error. La junta no utilizó bien la disuasión. Desenvainó la espada (28) pero la disuasión requiere una capacidad creíble de llevar a cabo la amenaza. En última instancia los argentinos no tuvieron la suficiente fuerza política como para utilizar la opción militar.

W

CAPITULO II - Notas

(Páginas 35/6 del original)

CAPITULO III

Política norteamericana durante la Crisis

> "Soy un convencido de que este hemisferio es un lugar especial con un destino especial". Presidente Reagan en su discurso ante la OEA del 24 de febrero de 1982. (1).

La Controversia

Para algunos norteamericanos y para los latinoamericanos el aspecto más controvertible de la Guerra de las Malvinas probablemente haya sido la política norteamericana durante el conflicto. Las críticas pasan por el período previo al conflicto, los esfuerzos de mediación y llegan hasta el apoyo a Gran Bretaña. Para algunos, Norteamérica fue la que provocó la guerra por tratar de granjearse la simpatía de los militares en general y del General Galtieri en particular. (2). Otro argumento expresa que la mediación norteamericana contribuyó a que los argentinos tuvieran una sensación de importancia estratégica irreal e hizo que el conflicto fuera inevitable. (3). Otros critican el proceso de mediación, responsabilizando alternativamente el ex-Secretario de Estado Haig por su "arbitrariedad" con el gobierno argentino y ante la OEA y a los Estados Unidos por no haber declarado que apoyaban abiertamente a Gran Bretaña no bien comenzó la mediación. Para la Argentina, la mediación norteamericana y el vuelco

repentino" que significó el apoyo a Gran Bretaña constituyó una traición y, además, fue la clave de la victoria británica. Para América Latina en general significó que EE.UU. prefería al Nordatlantismo por sobre el Panamericanismo (para emplear el sistema de "corrientes divergentes" del Dr. Jack Child), al Norte (industrializado) por sobre el Sur (en desarrollo), al colonialismo por sobre el Tercer Mundo. (4). No se puede decir la última palabra sobre nada de esto hasta que no se revele toda la documentación secreta existente. Sin embargo, lo más importante es lo que traslucen todas estas críticas. Sea o no cierto, lo que los latinoamericanos creen es que ya no se puede confiar en los Estados Unidos en tiempos de crisis. Para ellos, la posición norteamericana durante la guerra fue una burla para el "destino especial" de este hemisferio y deterioró significativamente el tradicional espíritu de cooperación entre EE.UU. y América Latina.

La fuerza de la retórica antinorteamericana de América Latina durante la crisis, por oposición a una posición pro-argentina o antibritánica, sugiere que la cuestión Malvinas fue más que nada un símbolo para los latinoamericanos (por lo menos para los no-argentinos. Como dijera un estudiante latinoamericano, la Guerra fue como un "rayo de luz" que se intensificó repentinamente y puso en vivo relieve una realidad que databa desde hacía largo tiempo . (5). Aparentemente lo que se refutaba no

era tanto la política norteamericana en la crisis de las Malvinas sino, más bien, la posición norteamericana frente a América Latina en general.

En este Capítulo se analiza la política norteamericana durante la crisis a fin de comprender sus orígenes y motivaciones. Se analiza por qué Estados Unidos decidió mediar y por qué respaldó a Gran Bretaña. El siguiente capítulo se refiere a las reacciones latinoamericanas durante la crisis y analiza la política general norteamericana desde la perspectiva de esa reacción.

Principios de la Política Norteamericana

Los Estados Unidos se basaron en tres principios para actuar en la crisis del Atlántico Sur: neutralidad en materia de soberanía, énfasis en el arreglo pacífico de las disputas territoriales, y respeto del derecho en contraposición al primer uso de la fuerza. Si analizamos la política norteamericana sobre la base de estos tres principios, vemos que es coherente y, finalmente, que el fracaso de la diplomacia y de la mediación, sumados a la continuidad de esta política llevó a los Estados Unidos a respaldar a Gran Bretaña.

Con algunas ambigüedades históricas, la posición norteamericana en materia de soberanía, ha sido de clara neutralidad. (6). La decisión inicial norteamericana sobre la no-aplicabilidad de la Doctrina Monroe en este caso (porque la pretensión

británica es anterior a la Doctrina y por la ambigüedad de la posición legal de ambas partes) se ha mantenido constante. Estados Unidos ha insistido en que la disputa debe ser resuelta por la vía pacífica y se ha abstenido de apoyar a ninguna de las partes en los foros internacionales. Los esfuerzos argentinos durante las Conferencias Interamericanas de 1945-55 a fin de que se incluyeran resoluciones condenatorias del colonialismo en las Américas o de que la OEA tutelara los territorios no-independientes no tuvieron éxito y Estados Unidos se mostró firmemente contrario a estas ideas (7). Durante la Conferencia de Río de 1947, la delegación norteamericana encabezada por el entonces Secretario de Estado George C. Marshall aclaró la posición norteamericana, en cuanto a la no aplicabilidad del Tratado de Río cuando había disputas territoriales pendientes de solución entre Estados americanos y europeos (8). En 1965, Estados Unidos se mantuvo neutral y se abstuvo en oportunidad de aprobarse la Resolución 2065 de la Asamblea General de la ONU.

Los riesgos que corrían los EE.UU. en este conflicto entre dos aliados, eran grandes: tenían una relación de larga data con Gran Bretaña, lazos históricos, culturales, políticos y económicos y una "amistad" que había sobrellevado dos conflictos durante este siglo" (9). Gran Bretaña fue y sigue siendo el aliado más confiable de los Estados Unidos y una fuerza poderosa en la Alianza del Atlántico Norte, en momentos en que la Alianza

padece graves problemas económicos y estratégicos. En síntesis, los vínculos norteamericanos con Gran Bretaña son un interés vital. En lo que a la Argentina se refiere, el conflicto de las Malvinas no podía haberse producido en un momento peor para los Estados Unidos. Los riesgos comprometían vitales intereses norteamericanos tendientes a lograr consenso en este hemisferio, particularmente en sus esfuerzos para doblegar a la subversión centroamericana auspiciada por Nicaragua y Cuba. El Presidente Reagan había anunciado en la OEA su iniciativa para la Cuenca del Caribe a fines de febrero de 1982. Las relaciones con la Argentina habían mejorado hasta el punto en que esta había comenzado a desempeñar un rol clave en los esfuerzos norteamericanos para forjar una preocupación hemisférica compartida por la subversión (10). Así las cosas, Estados Unidos quedó frente a una alternativa de hierro con la acción argentina del 2 de abril. No era fácil optar entre intereses tan significativos.

No Hubo Neutralidad Durante la Crisis

Si bien los Estados Unidos fueron neutrales en cuanto a la soberanía, hubo un cambio radical cuando se planteó el problema del primer uso de la fuerza. Desde el comienzo, los EE.UU. no fueron neutrales, y hubo dos tempranas decisiones que lo pusieron claramente de manifiesto. El voto afirmativo a la Resolución 502 del Consejo de Seguridad de la ONU fue una de las

decisiones. La Resolución 502 no es una declaración neutral. Pedía el retiro argentino de las Islas, el cese de hostilidades y una solución política pacífica al problema (11). La 502 fue redactada por los británicos. La segunda decisión norteamericana, aunque quizás menos difundida en ese momento, se refería al cumplimiento de los convenios con ambas partes (12). Puesto que los Estados Unidos tenían múltiples convenios bilaterales, y además de los vínculos de la Alianza del Atlántico Norte, con Gran Bretaña, y prácticamente ninguno con la Argentina, la decisión, obviamente, favoreció a los británicos. Los Estados Unidos y Gran Bretaña tienen antiguos convenios militares, de comunicaciones, inteligencia, etc. que cobraron vigencia de inmediato. Puesto que la Isla de Ascensión era una posesión británica arrendada a los Estados Unidos, el Reino Unido, en virtud de dicho contrato de arrendamiento, tenía derecho a utilizar la isla (13). El gobierno argentino conocía este estado de cosas, pero quizás no comprendió bien sus consecuencias (14).

Así, a pesar del "shock" argentino por la decisión norteamericana de respaldar a Gran Bretaña en última instancia, todo indicaba claramente que los Estados Unidos actuarían así. El voto afirmativo a la Resolución 502 de la ONU que exigía el retiro argentino, la insistencia norteamericana acerca de la inaplicabilidad del Tratado de Río, el apoyo a Gran Bretaña previo a la decisión del 30 de abril y las muchas advertencias que el Secre-

tario Haig formuló al Canciller y a la Junta argentinos sobre lo que los Estados Unidos se verían obligados a hacer si fracasaba la mediación, denotaba claramente cual sería su actitud final (15). Más aun, ya el 5 de abril había diarios argentinos que presagiaban la decisión norteamericana (16).

Comunicación, No; Conversación, Si!

Al respecto, uno de los grandes problemas de la política norteamericana con la Argentina eran las comunicaciones, porque si los argentinos se equivocaron al evaluar la respuesta norteamericana ante la ocupación de las Islas, los Estados Unidos se equivocaron al evaluar el efecto acumulativo de su actitud sobre la Argentina. Durante la administración Carter, la Política de Derechos Humanos cortó muchos de los miles de canales de comunicación que había con la Argentina, especialmente con los militares. Para 1980, la administración Reagan se dedicaba a reconstruir vínculos. Este proceso de reconstrucción, como ya dijimos, incluía el levantamiento de sanciones impuestas a las ventas y al adiestramiento militares y grandes esfuerzos por restablecer nuevamente los vínculos, especialmente con los militares. Así, hubo un incremento de las visitas entre los respectivos países, especialmente hacia la Argentina. Galtieri prometió cooperar en el Atlántico Sur y en América Central y, quizás, hasta en el mantenimiento de la paz en Medio Oriente (17). A los Estados Unidos

les pareció que los 16 meses de planificación iban a permitir establecer una nueva relación con América Latina tendiente a compartir la preocupación por la subversión en el hemisferio. La Junta creyó que la Argentina desempeñaba un nuevo rol internacional y estratégico, en su calidad de socia de los Estados Unidos. Posteriormente, el hecho de que Estados Unidos mediara directamente puede haber llevado a magnificar la idea de la mayor importancia estratégica de la Argentina. El mismo General Galtieri se sentía halagado por la atención que le dispensaban los Estados Unidos, aunque es dudoso que esto haya sido un elemento clave para proceder a la invasión a las Malvinas. Lo que sí parece más seguro es que el hecho de que la Junta no haya captado los claros indicios de que Estados Unidos no apoyaría -ni siquiera con neutralidad- el primer uso de fuerza por parte de los argentinos pueda atribuirse, parcialmente, a esa mala interpretación de la realidad. En una mordaz declaración el Subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Thomas O. Enders, declaró:

> "Durante la crisis del Atlántico Sur, nuestros vínculos con la Argentina resultaron demasiado débiles para promover una eficaz cooperación en pro- de intereses comunes. Nosotros, además de otras personas, hicimos reiterados esfuerzos antes de que los argentinos desembarcaran en las Islas, los volvimos a hacer cuando se

aproximaba la flota británica y los reiteramos con la presentación de los planes de paz norteamericano, peruano y de las Naciones Unidas respectivamente, para explicar a las autoridades argentinas lo que ocurriría si seguían adelante con sus propósitos. Aunque nuestros pronósticos fueron acertados, no nos creyeron. Las comunicaciones fueron un fracaso total (17 a).

La Mediación y la "Decisión"

Los interrogantes clave son: ¿Por qué medió EE.UU. si siempre estuvo de parte de los británicos? y, ¿por qué los Estados Unidos se pusieron públicamente en contra de la Argentina, si ésta iba a tolerar el apoyo norteamericano a Gran Bretaña?

El primer interrogante ha sido ya respuesto. Los riesgos eran demasiado grandes para que los EE.UU. desempeñaran un rol pasivo, especialmente estando la Unión Soviética al acecho. Se esperaba que con la mediación norteamericana se pudiera llegar a un acuerdo pacífico. El hecho de que no fuera así constituye tanto una manifestación de la inflexibilidad de los contendores como de las limitaciones de la influencia norteamericana en el mundo actual. No se sabe si la personalidad del Sr. Haig, que remedaba una "lanzadera Kissinger" -como algunos han criticado- entró en la ecuación acerca de la decisión norteamericana de mediar. Es de público conocimiento que ambas partes solicitaron la

mediación norteamericana. Las razones por las cuales los Estados Unidos se colocaron públicamente del lado de Gran Bretaña constituyen un asunto más complejo en el que confluyen diversos factores. Hubo, por cierto, presiones políticas internas para que así ocurriera. A fines de abril, tanto la Cámara de Diputados como el Senado aprobaron resoluciones de cumplimiento no-obligatorio según las cuales se daba "total apoyo diplomático a Gran Bretaña en sus esfuerzos por defender el imperio del derecho" en una confrontación militar con la Argentina (18). La Embajada Británica en Washington, D.C. actuó rápida y eficazmente a fin de lograr que los norteamericanos apoyaran públicamente al Reino Unido (19). Además, el elemento histórico desempeñó un rol significativo en la opinión pública y política de los Estados Unidos. Pero quizás los aspectos negativos de las anteriores relaciones argentino-norteamericanos también hayan inclinado la balanza de la opinión política. La neutralidad argentina durante la Segunda Guerra Mundial, la negativa a participar en el Sistema Interamericano, los desórdenes políticos y el comportamiento en materia de derechos humanos contrastaban marcadamente con las tradicionales relaciones británico-norteamericanas. La Sra. Thatcher es muy respetada en los Estados Unidos y su filosofía política en muchos aspectos es parecida a la del presidente Reagan. Por otro lado, había una minoría mucho más pequeña que solicitaba que los Estados Uni-

Sl

dos permanecieran neutrales o que, por lo menos, no declarasen su abierto apoyo a Gran Bretaña. Sin embargo, frente a las fuertes críticas despertadas por la marcada tendencia del ex-presidente Carter a no adoptar posiciones claras y decididas en crisis internacionales, la administración Reagan, por convicción y por experiencia, no manifestó la menor intención de permanecer neutral

El proceso de mediación mismo también desempeñó un papel -aunque probablemente limitado- en la decisión de respaldar al Reino Unido. Para fines de abril, el Sr. Haig tenía lo que el resto de la delegación norteamericana consideraba un buen arreglo. Se fundaba en la Resolución 502, que ambas partes habían aceptado y cubría los siguientes puntos:

- Negociaciones tendientes a eliminar a las islas de la lista de territorios sin auto-gobierno, según el Capítulo XI de la Carta de la ONU.

- Status definitivo de las islas concertado por acuerdo de partes, en términos de derechos de los habitantes y del principio de integridad territorial.

- Referencia al objetivo de la Carta de la ONU y resoluciones pertinentes de la Asamblea General de la ONU.

- Finalización de las negociaciones para el 31 de diciembre de 1982.

- Creación de una autoridad interina integrada por la Argentina, Gran Bretaña y los Estados Unidos para supervisar a

la administración local.

- Participación de residentes argentinos en los consejos locales.

- Aumento de viajes, transporte y tránsito de personas entre el continente y las islas.

Esta propuesta fue aceptada por Gran Bretaña -con ciertas "auténticas dificultades"- para su posterior consideración. No resultó aceptable para el Gobierno argentino que insistía en que todo acuerdo debe tener un resultado predeterminado -es decir, la soberanía argentina en fecha cierta (20). Una lectura cuidadosa de la propuesta norteamericana demuestra que, a breve lapso, la Argentina seguramente habría logrado su objetivo de soberanía sobre las islas. Pero la Junta de Galtieri necesitaba la forma y no el fondo de la soberanía, que ya había sido definitivamente incorporada por el pueblo argentino. La forma, o sea una declaración de soberanía argentina en la propuesta, habría resultado políticamente inaceptable para el gobierno de Thatcher. Esta inflexibilidad diplomática argentina fue la gran causa de frustración del proceso de mediación y, en última instancia, le costó una derrota a la Argentina.

En realidad, la forma en que la Argentina manejó la mediación fué una verdadera frustración. En Gran Bretaña, el Sr. Haig se entrevistó directamente con la Sra. Thatcher y sus principales asesores, los Ministros de Defensa y de Relaciones Ex-

teriores, y debatió las propuestas directamente con los que tomaban las decisiones. Se establecieron puntos; se tomaron decisiones; se fijaron posturas. En la Argentina, el Sr. Haig, por lo general se entrevistó con Costa Méndez, a veces con miembros de la Junta, muy rara vez en un medio donde se pudieran adoptar decisiones directamente. Las negociaciones fueron caóticas y contradictorias: Costa Méndez aceptaba una propuesta en un momento dado en nombre del gobierno argentino, y luego la negaba en virtud de una decisión de la Junta (21). Parecía que la delegación norteamericana jamás lograba reunir en un mismo recinto a toda la gente necesaria para tomar decisiones cruciales que fueran posteriormente respaldadas. Esto causó mucha irritación en la delegación norteamericana.

El principal factor en la decisión de apoyar a Gran Bretaña fue que resultaba de vital interés para los EE.UU. hacerlo. Estos intereses vitales presentaban varias facetas. Una es, sencillamente, que para los Estados Unidos Gran Bretaña es más importante que la Argentina. Gran Bretaña es una pieza clave en la política norteamericana en Europa y, por consiguiente, es un aliado imprescindible para neutralizar a la Unión Soviética. Otra de las facetas se refiere a la política norteamericana de post-guerra y a su insistencia en mantener la estabilidad. "En una época en que cualquier disputa territorial no resuelta puede detonar un conflicto global", expresó un observador especializado,

"la oposición norteamericana al primer uso de la fuerza fue una reacción natural y basada en principios siempre sustentados" (22). Por cierto que las presentaciones hechas por funcionarios norteamericanos a partir de la crisis, han justificado la política en términos de la cantidad de disputas territoriales no resueltas potencialmente serias que existen en este hemisferio solamente (23). Los reclamos venezolanos sobre Guyana, los de Guatemala sobre Belize, la disputa de Ecuador con Perú y el deseo de Bolivia de tener una salida al mar, son sólo cuatro de las graves preocupaciones que ocuparon a la OEA poco antes del conflicto. La controversia Ecuador/Perú escaló hasta la violencia en enero de 1981; las otras podrían hacer lo propio en cualquier momento. "Sea lo que fuere lo que la opinión pública del Atlántico Norte pueda pensar acerca de la utilidad práctica del conflicto en la era moderna", una fuente informada destacó, "en América Latina, y en realidad en todo el Tercer Mundo, existe la firme convicción de que, en determinados momentos y lugares la fuerza es un elemento útil y aceptable en las relaciones entre estados" (24). Teniendo presente estos conceptos, los Estados Unidos estaba decididos a dejar aclarado que "no condonaremos el uso ilegal de la fuerza para resolver disputas" (25)

Para los Estados Unidos no se trataba de una elección entre Gran Bretaña y América Latina; era una elección entre oponerse al primer uso de la fuerza o admitirlo tácitamente perma-

neciendo neutral. Como lo explicara el Sr. Haig en una entrevista concedida después de terminado el conflicto: "Es una conducta norteamericana básica el hecho de no participar -ni dar la apariencia de que lo hacemos- en un arreglo que premie la agresión, aunque pensemos que la historia de este asunto, la controversia Malvinas, tampoco nos transformaría en rígidos defensores del status quo anterior " (26).

Según esta línea de pensamiento, la política norteamericana se oponía a invocar el Pacto de Río durante esta crisis. La mayoría de los países latinoamericanos opinaba que dado que la guerra involucraba a una República americana contra una potencia extranjera, debía invocarse el Pacto de Río para que sus miembros acudieran en ayuda de la República americana. La posición norteamericana consistía en que "el sistema Interamericano- que protege el orden regional sobre la base de la ley y la solución pacífica de las disputas- de ninguna manera podía interpretarse como apoyando el uso de la fuerza para resolver una disputa" (27). Puesto que la Argentina fue la primera en utilizar la fuerza y que, por lo tanto, el uso ilegítimo de la fuerza no provino de fuera del hemisferio, "no fue un caso de agresión extracontinental contra el cual todos estamos y estaremos comprometidos a unirnos" (28). Aunque la mayoría de los países latinoamericanos votó a favor de la puesta en marcha de los mecanismos de consulta del Pacto de Río, el tibio apoyo dado a la Argentina en la re-

solución resultante sugiere que se comprendió y se apoyó este modo de pensar norteamericano.

Resumen

En suma, parece que las opciones que tenían los EE.UU. en esta situación de alto riesgo, eran estrechas. Los méritos de las partes en materia de soberanía eran -y siguen siendo- a lo sumo ambiguas. A pesar de la "fracasada" posición negociadora británica durante los 17 años previos a la crisis, la frustración argentina no legaliza su invasión a las Islas del 2 de abril. Más aun, las protestas argentinas en el sentido de que se había limitado a reocupar territorio que le había sido arrebatado ilegalmente por la fuerza 149 años antes, quedaban invalidadas a la luz de la actual realidad internacional. Después de todo, la Argentina no es la única frustrada en un mundo -y un hemisferio- lleno de perturbaciones territoriales. Como potencia mundial y gigante del hemisferio, cualquier postura que hubiesen adoptado los EE.UU. en esta crisis, habría ofendido seriamente a alguno. Tal como lo dijo el parlamentario Barnes en un análisis de las Relaciones entre los EE.UU. y América Latina después del conflicto, la política aplicada por Norteamérica fue "casi correcta" (29). Se pronunció en favor de los intereses vitales -por un aliado constante y de gran importancia- y de la estabilidad, especialmente en el hemisferio occidental. Al mismo tiempo, los analistas estimaban

que las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina se sobrepondrían a la decisión. Este tema se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO III - Notas

(Ver páginas 50/51 del original)

CAPITULO IV

La Reacción Latinoamericana: Mayor Frustración

> "Los EE.UU. están dispuestos a hacer cualquier cosa por América Latina, salvo informarse sobre ella" James Reston, The New York Times, junio de 1982.

La Retórica Latinoamericana

La reacción hemisférica frente a la crisis de las Malvinas fue intensa y, por lo menos en apariencia, de duración limitada. El hemisferio, en líneas generales estuvo escindido entre los países anglófonos (excepto Grenada) que respaldaron a Gran Bretaña y los países latinoamericanos (excluídos Colombia y Chile), que apoyaran a la Argentina. La reacción latinoamericana durante la crisis respondió, casi siempre a los intereses propios de cada país y se limitó, casi exclusivamente, a la retórica. En contraste con el apoyo que Estados Unidos brindó a Gran Bretaña, durante la crisis en el marco latinoamericano se tomaron muy pocas medidas militares, diplomáticas o económicas para apoyar a la Argentina. Aunque en América Latina las medidas concretas fueron escasas, la reacción contra los Estados Unidos fue profunda, apasionada y también retórica, tanto dentro como fuera de la OEA. Además, la crisis tendía a cristalizar cierta solidaridad latinoamericana apuntada a la toma de conciencia de

que, para mal o para bien, los países latinoamericanos se necesitan recíprocamente y deben trabajar juntos para resolver problemas comunes. El tiempo dirá si esta incipiente solidaridad se trasladará a otras áreas después de la crisis, pero lo que no puede negarse es que fue un aspecto significativo durante la conflagración. Como ya expresáramos, el profundo e intenso antinorteamericanismo manifestado durante la crisis demuestra una frustración que supera los confines del tema Malvinas para América Latina.

La primer respuesta latinoamericana a la ocupación argentina de las islas el 2 de abril fue cautelosa. Había un abrumador consenso en el sentido de que las Malvinas eran argentinas pero todos -salvo Venezuela- deploraron el uso de la fuerza para tomar las Islas o llamaron a una solución pacífica de la disputa (1). Casi ningún país creía que Gran Bretaña pudiera utilizar la fuerza para recuperar las islas. Encuestas realizadas en países sudamericanos especialmente elegidos por ejemplo, indicaban que si bien no se esperaba el uso de fuerzas militares, en caso de que se llegara a combatir, vencería Gran Bretaña (2). Estas mismas encuestas muestran una decidida renuencia por parte de los latinoamericanos a intervenir directamente en favor de la Argentina. Por último, una vez producida la derrota, casi todos rechazaron las manifestaciones argentinas en el sentido de que la ayuda militar norteamericana al Reino Unido, había sido decisi-

va. La opinión pública latinoamericana responsabilizó al gobierno argentino (3).

El apoyo brindado a la Argentina parece haber recibido la influencia directa de los intereses de cada país, especialmente en lo que hace a las disputas territoriales que cada uno tenía pendientes. Por ejemplo, Ecuador, Guatemala, Nicaragua, Panamá, Perú y Venezuela fueron poderosos aliados de Argentina. Cada uno de ellos se beneficiaría en sus respectivas disputas territoriales con Perú, Belize, Colombia, los EE.UU., Chile y Guyana. O sea, un resultado favorable a la Argentina, habría beneficiado marcadamente sus respectivas posiciones (quizás habría alentado a uno o a otro a utilizar la fuerza militar). Chile y Colombia, por el contrario, se mantuvieron neutrales o fueron ambiguos en su apoyo a la Argentina, Chile por el problema del Canal de Beagle y las disputas con Perú, y Colombia, en cierta forma, por las disputas con Nicaragua y Venezuela. Cualquier precedente argentino positivo habría resultado altamente negativo para esos países en sus respectivas disputas territoriales (4).

Las respuestas de Brasil a la crisis fueron mesuradas y pragmáticas. Había varias corrientes cruzadas que afectaban al Brasil: La tradicional rivalidad con la Argentina se hizo sentir. Una encuesta realizada a principios de mayo demostró que la opinión pública brasileña estaba dividida en cuanto al

tema de la soberanía, la mitad consideraba que ninguno de los dos (Gran Bretaña y la Argentina) tenían razón (5). Los diarios brasileños criticaron severamente la decisión argentina, fustigando a la Junta por su grueso error de cálculo y por poner en peligro al sistema interamericano (6). Los militares brasileños, en líneas generales, no querían apoyar a la Argentina por considerar que si esta se apoderaba definitivamente de las Malvinas, los intereses estratégicos brasileños sufrirían un serio desmedro (7). Sin embargo, la reacción militar brasileña frente a la crisis fue bastante sofisticada. Por ejemplo, también hubo presiones de los militares brasileños pidiendo apoyo para la Argentina. Les preocupaba que, de no recibir apoyo, la Argentina se volviera hacia la Unión Soviética, lo cual se consideraba peligroso para los intereses brasileños (8). Brasil proveyó ciertamente tres aviones Bandeirante EMB-111 (de reconocimiento) pero anunció su deseo de aprovisionar a ambos bandos (9). Algunos buques británicos se reabastecieron de combustible en puertos brasileños (10). Brasil apoyó la solicitud argentina de invocar el Pacto de Río, pero tras bambalinas presionó para que no se aplicaran sanciones.

La respuesta latinoamericana en la OEA fue, nuevamente, de alto contenido retórico y coincidió con acciones específicas derivadas del combate en el Atlántico Sur o de la política norteamericana. Hubo tres reuniones de la OEA, cada una de ellas

sincronizada con acciones decisivas durante la crisis. La primera, del 5 al 13 de abril, se realizó en un clima de euforia por la acción argentina y con la esperanza de que la mediación norteamericana o algún otro medio diera como resultado la tan ansiada paz. El resultado de todo esto fue una resolución que expresaba preocupación y en la que se ofrecían la "amistad y cooperación" de la OEA a los esfuerzos de pacificación que se estaban realizando. Fue la única reunión en que participaron la totalidad de los 29 miembros de la OEA, ya que las reuniones posteriores se convocaron en virtud del Pacto de Río, del cual no son signatarios los países anglófonos del Caribe. Por lo tanto, la tendencia inicial pro-argentina de esta primer resolución se vio morigerada en cierta forma por la influencia combinada de los Estados Unidos y de las ex-colonias británicas (11).

La reunión siguiente se efectuó entre el 26 y el 28 de abril y fue formalmente denominada 20° reunión de consultas del Pacto de Río. El Pacto fue invocado por la Argentina, con la firme oposición de los EE.UU. La táctica argentina aparente era intentar usar el Pacto de Río para neutralizar la Resolución 502 del Consejo de Seguridad de la ONU que, a criterio de los argentinos, no los favorecía. Más aun, al invocar el Pacto, la Argentina básicamente eliminaba 8 votos pro-británicos (los de los países anglófonos del Caribe) (12). La Argentino trató poner en vigencia el Artículo 3 del Pacto de Río cuando los británicos re-

tomaron las Georgias del Sur, el 25 de abril (El Artículo 3 está redactado en los siguientes términos, "Un ataque armado de cualquier país contra un país americano se considera un ataque contra todos los países americanos..."). A pesar de cierta retórica mordaz y del apoyo de Venezuela, Panamá y Nicaragua, todo lo que consiguió la Argentina fue una resolución de apoyo, sin sanciones. La resolución respaldaba los reclamos de soberanía argentina y deploraba las sanciones impuestas por la Comunidad Económica Europea. También instaba al cumplimiento de la Resolución 502 de la ONU.

Transcurrido un mes se produjo el apoyo norteamericano a Gran Bretaña. Cuando se realizó la segunda ronda de consultas en virtud del Pacto de Río, el 28 de mayo, el Ejército británico había desembarcado en San Carlos, en la Isla Soledad y el batallón de paracaidistas británico, el Para 2, avanzaba próximo a lanzar su heroico ataque contra Goose Green (14). Esta reunión, que se prolongó hasta el 29 de mayo, fue testigo de una de las "retóricas anti-norteamericanas más fuertes jamás pronunciada en la OEA" (15). Los Estados Unidos fueron acusados de destruir el sistema Interamericano y de abandonar el concepto del panamericanismo para alinearse junto a Europa. La crítica añadía que se trataba de una elección en la que los anglosajones se unían contra los latinoamericanos. Otra vez, sin embargo y a pesar de

la retórica, la resolución resultante no preveía sanciones, aunque era un poco más fuerte que la anterior. La resolución del 29 de mayo responsabilizaba al Reino Unido por las hostilidades, instaba a los EE.UU. a dejar de ayudar a Gran Bretaña y a levantar sus sanciones contra la Argentina y, nuevamente, instaba a los miembros de la CEE a levantar sus sanciones. Hubo una novedad con respecto a la resolución anterior, se solicitaba a los signatarios del Pacto de Río que ayudaran a la Argentina como "cada uno lo considerase adecuado" (16).

¿Apoyo Concreto?

Un repaso de los hechos indica que, al margen de Brasil, ningún país latinoamericano consideró que correspondía prestar gran ayuda a la Argentina. Cierto es que hubiera habido graves dificultades de inter-operabilidad, especialmente en materia de comunicaciones y logística, si se hubieran enviado muchas fuerzas militares. Sin embargo, políticamente -si bien no militarmente- a la Argentina le hubiera representado mucho que Venezuela o el Perú, por ejemplo, le hubieran enviado alguna escuadrilla de aviones. Además, los países latinoamericanos podrían haber demostrado su solidaridad con la Argentina enviando parte de sus marinas. Aunque el apoyo marítimo hubiera sido fundamentalmente simbólico, de todos modos habría sido de gran repercusión política y sicológica. Hubo ofrecimientos y rumores de ofrecimientos de efectivos

y aviones por parte de Bolivia, Perú y hasta de Guatemala. Ninguno se materializó (17). Puesto que la Junta de Galtieri aceptó 5 aviones "cargados con equipo militar" enviados desde Libia por Kaddafi, da la sensación de que los ofrecimientos latinoamericanos jamás fueron oficialmente aprobados por los gobiernos respectivos (18). Eso fue lo que en realidad sucedió con Perú, donde los militares pugnaban por enviar sus aviones caza a la Argentina, pero el plan fue vetado por el gobierno civil (19).

La Argentina sí recibió cierto apoyo logístico. Perú envió repuestos. Venezuela ofreció reabastecer de combustible a los aviones de guerra argentinos y prometió vender 10.000 barriles de petróleo por día (20). Aunque fiel partidaria, Venezuela fue muy cautelosa cuando se trató de brindar apoyo militar específico a la Argentina. En una conferencia de prensa celebrada el 3 de mayo, al presidente Herrera Campins se le formuló la siguiente pregunta: "... si la Argentina le pide que le envíe soldados, oficiales, tanques, buques y aviones, usted se los mandaría? El presidente eludió la respuesta destacando que Venezuela "no era una potencia mundial" y que, de todas formas, "no requeremos responder a una hipótesis". Posteriormente y en esa misma conferencia, cuando se le preguntó si el conflicto de las Malvinas afectaba futuras compras de aviones de guerra, contestó que "De ninguna manera afecta la compra de los F-16" (21).

El Efecto en los Militares Latinoamericanos

La reacción latinoamericana ante los aspectos militares de la guerra fue pacífica, aunque comporta significativas consecuencias para la seguridad futura del hemisferio. Por lo que se sabe, parecería que las enseñanzas militares extraídas en América Latina pueden dividirse en tres clases: el requerimiento de auto-abastecimiento, el efecto de la alta tecnología y la gran importancia de profesionalizar las fuerzas armadas.

Todo el mecanismo del Pacto de Río se basa en el apoyo mútuo de los países signatarios. Lo cierto es que, de presentarse alguna amenaza extracontinental significativa, la mayoría de los miembros tendrían que recurrir a los Estados Unidos para la defensa. Durante la crisis de las Malvinas, acertada o equivocadamente, los latinoamericanos consideraron que estaban frente a una amenaza exterior. Así, la decisión norteamericana de respaldar al Reino Unido, pareció no sólo una mera traición sino, lo que es más importante para los latinoamericanos, la prueba de fuego sobre la confiabilidad norteamericana en caso de crisis. La respuesta aparente que obtuvo América Latina es que los EE.UU. no son confiables. La consiguiente reacción de muchos países latinoamericanos fue hacer una nueva evaluación de su capacidad nacional para mejorar sus respectivas capacidades militares. Los militares brasileños, por ejemplo, realizaron un estudio preli-

A

minar a principios de mayo (después del anuncio norteamericano de respaldo a Gran Bretaña y luego de que el HMS Sheffield fuera hundido por un misil Exocet (22). El estudio habla de una "nueva teoría de la guerra" -presumiblemente de la necesidad de autoabastecimiento basado en la posesión de capacidades militares significativas- y reitera la necesidad de dar mayor importancia a la expansión del programa industrial militar brasileño, "sin descuidar, no obstante, las importaciones de material más sofisticado que no pueda fabricarse a breve plazo". De tal modo, el autoabastecimiento adquiere dos significados: desarrollo autóctono de la infraestructura industrial militar -Brasil estima que necesitará una década para alcanzar su plena capacidad y hacer un ingreso brillante al mercado armamentista internacional (23).

Al menos teóricamente, si no en la práctica, la alta tecnología desempeñó un importante papel en el problema Malvinas. La gran sorpresa, particularmente en América Latina, fue el hundimiento del HMS Sheffield por un misil Exocet disparado desde un avión jet supersónico Super Etendart. El hecho de que el avión disparase el proyectil a 20 km. de distancia y luego se zambullera por debajo de la línea del horizonte, fue, de por sí, bastante espectacular. Lo más importante, particularmente para los latinoamericanos, fue que ese avión era argentino. Por cierto que se darán detalles sobre las armas y tácticas de esta guerra cuan-

do se revelen estudios y material secreto. Lo mismo ocurrirá con muchas deficiencias de las armas tecnológicas y con las fallas tácticas para defenderse de ellas. Sin embargo, la imagen de un país comparativamente débil, que luchó contra una potencia intermedia y ganó algunos combates, tuvo gran repercusión entre los países latinoamericanos. No se sabe con exactitud, pero se llegó a comentar que si algunas bombas que fallaron hubieran detonado -fallaron por la baja altura a que se acercaban los aviones argentinos- el resultado de la guerra habría sido otro. Eso es algo bastante controvertible y, quizás, haya sido una exageración, pero ayudó a que algunos se sintieran justificados en demandar armamento de alta tecnología (Las enseñanzas obtenidas por los británicos --Anexo-- indican que la tecnología fue importante, pero no demasiado. Por ejemplo, los británicos están ahora reequipando sus buques de superficie con misiles y cañones más anticuados por su probada eficacia para la defensa aérea. El fuego con munición trazante intimidaba a los pilotos y obstaculizaba su aproximación mientras que los misiles, aunque mortíferos, no tenían efecto sicológico).

A medida que se conocen más detalles del conflicto de las Malvinas, la principal conclusión es que la Guerra se ganó sobre el terreno fundamentalmente, gracias al profesionalismo y organización de las fuerzas británicas. Esto no pasó desapercibido para otros latinoamericanos. El informe evaluativo de los

militares brasileños dice en su conclusión final, "Las fuerzas armadas deben" hacer todos los esfuerzos posibles para ser "cada vez más profesionales (24). Los primeros informes llegados de la Argentina indican que si bien la Fuerza Aérea tuvo un desempeño muy profesional ("y sumamente heroico"), el Ejército no fue capaz de librar un combate moderno (25) Ejemplo: dos generales discutieron 6 semanas para determinar quien estaba al mando (26). En el interín los planes eran confusos, practicamente no había coordinación entre unidades y las defensas no fueron terminadas. La situación empeoró tanto que a principios de junio, mientras los británicos atacaban Puerto Stanley, el Gral. Galtieri tuvo que llamar a uno de los generales para amonestarlo (27). Otro ejemplo: había toneladas de alimentos y municiones acumulados por los militares argentinos y, sin embargo, había efectivos cerca de Puerto Stanley que carecían de ambas cosas. Estas y otras cosas quizás se debieron a que la fuerza estaba compuesta por conscriptos y, por supuesto, a las operaciones británicas, pero la falta de coordinación entre el ejército y la fuerza aérea, la débil estructura de comando, la pérdida de control casi total por parte de los comandantes (al final el Gral. Menéndez, el oficial de mayor jerarquía en el lugar, no sabía cuántas unidades -ni de que tipo- tenía a su mando (28)) sugieren la existencia de un problema más profundo. Tanto la Argentina como sus vecinos latinoamericanos están estudiando estos y otros temas rela-

cionados con las deficiencias observadas en los militares profesionales. Sin embargo y tal como lo sugiere el informe brasileño, fuera de la Argentina los estudios no se centran en los errores de los militares argentinos sino que hacen más bien una introspección tendiente a evaluar su propio profesionalismo en las respectivas fuerzas armadas.

La Reacción Latinoamericana Analiza en Perspectiva

Considerando globalmente la reacción latinoamericana se pueden extraer varias conclusiones. Una es que los países latinoamericanos no estaban tan a favor de la Argentina como para respaldar sanciones en contra de Gran Bretaña. Esto sugiere que si bien casi toda Latinoamérica cree que la pretensión argentina sobre las Malvinas es justa, al mismo tiempo se opone al uso de la fuerza para resolver el diferendo. Otra conclusión es que la reacción latinoamericana a raíz de la reclamación argentina y de la defensa de las Islas frente a Gran Bretaña (contrariamente a lo que originó el apoyo norteamericano al Reino Unido) tuvo su origen en el interés egoista de cada país. La decisión norteamericana de apoyar a Gran Bretaña fue lo que provocó la solidaridad latinoamericana en la disputa. La intensidad de la retórica y el anti-norteamericanismo casi irreversible se superpusieron, siendo muy limitado y cauteloso el apoyo a la Argentina, lo que indica que la crisis de las Malvinas fue sólo un foro para expresar

B

frustraciones más profundas en las relaciones con los EE.UU. Evidentemente, cuando los EE.UU. dieron su apoyo al Reino Unido se creó el catalizador para la formación de un bloque latinoamericano donde predominaba una idea denominada alternativamente Panlatinismo (anti-norteamericano) y Tercermundismo (anti-colonialismo). Así, mientras que la política norteamericana se basaba en el imperio del derecho en los principios y méritos de la cuestión, Latinoamérica se manejaba en un plano ideológico en el que se enfrentaba la industrialización con el desarrollo, el Norte con el Sur, el imperialismo del siglo XIX con las colonias. No es extraño que hubiera tan poca comunicación durante el conflicto.

Desde la finalización del conflicto, la retórica latinoamericana ha disminuído considerablemente. Los pasos dados por los EE.UU. para coordinar las resoluciones argentinas de la ONU y de la OEA (instando a un acuerdo negociado de la soberanía) y los votos norteamericanos positivos en cada caso han desempeñado un importante rol (29). Además, no bien finalizada la Guerra parecería que algunos países han vuelto a evaluar las acciones argentinas a nivel político y militar y comprobado que dejaban bastante que desear: se ha observado también que han ido retirando apoyo a la Argentina. El presidente Herrera Campins de Venezuela, por ejemplo, canceló la visita que iba a hacer a la Argentina en noviembre, "hasta que asuma un gobierno democrático". Si bien los latinoamericanos pueden analizar críticamente la acción argen-

tina en la controversia, no han dejado de pensar que a los EE.UU. hay que tratarlos de otro modo. Se han acallado los clamores para reformar la OEA, excluyendo a los EE.UU. y trasladando su sede. Sin embargo, hay indicios ciertos de que los países latinoamericanos han dejado los pronunciamientos y la retórica y entrado en la etapa de las "medidas concretas". Venezuela, Colombia, Brasil y México han decidido unirse al Movimiento No-Alineado. Se está trabajando para reducir el aislamiento de Cuba y Nicaragua y se han puesto en marcha proyectos para evaluar y armar a las fuerzas armadas de varios países. Estos son sólo algunos de los aspectos más serios de las secuelas de la crisis. La agresiva recepción -tanto en las calles como en los salones oficiales- brindada al presidente Reagan en Colombia indica que aun no se han apagado totalmente las pasiones de principios del invierno.

La Política Norteamericana Analizada en Perspectiva

Desde la Segunda Guerra Mundial, los EE.UU. no han tenido una política clara ni coherente para con América Latina, salvo lo referido al deseo de mantener una estabilidad en el área. En una lista de prioridades de las seis áreas de política exterior más importantes para los EE.UU.: la Unión Soviética, Europa, Japón, Medio Oriente, China, Este de Asia y América Latina, esta ocuparía el último lugar y tendría que competir por ese puesto con Africa o el Sur de Asia, o con otras regiones, según las cir-

Sk

cunstancias. Con su atención centrada en otras prioridades de mayor importancia, los Estados Unidos tienden a irrumpir apresuradamente en América Latina cuando se produce una crisis -Cuba, América Central- pero pasado el momento la dejan totalmente de lado. La crisis es manejada alternativamente como una cuestión Este-Oeste -según ocurrió en América Central- o como un problema moral -la política de derechos humanos. Tal como lo expresó el Profesor Howard J. Wiarda; "La política exterior norteamericana siempre se considera una cuestión de moral en la que las diferentes administraciones consideran "genios del mal" alternativamente a los gobiernos represivos, o a los de corte fidelista o prosoviético (31). Además, en la política norteamericana para América Latina hay una gran proporción de política interna norteamericana, tanto en forma de enmiendas legislativas a leyes de ayuda y comercio con América Latina -Conte, Hickenlooper, Kennedy-Humphrey- como a través de pronunciamientos específicos del Ejecutivo -política de Derechos Humanos de Carter. Esto implica una cierta experimentación con la política exterior para América Latina, que los EE.UU. no se atreverían a intentar en otras partes del mundo. Esta incoherencia general de la política norteamericana para con América Latina ha sido una de las principales causas de frustración durante la crisis de las Malvinas.

En la década de 1980, los EE.UU. y América Latina tienen una perspectiva diferente del mundo. Los EE.UU. por lo general

hacen hincapié en la confrontación Este-Oeste en su política para América Latina. Se está tratando de eliminar las causas económicas de la inestabilidad -como en la Iniciativa de la Cuenca del Caribe- pero el principal objetivo de la política norteamericana es neutralizar a la Unión Soviética y aislar a Cuba y, últimamente, también a Nicaragua. Latinoamérica está cada vez más convencida de que el desarrollo -y no el comunismo- es la principal amenaza para el hemisferio, por lo menos al Sur de Río Grande (31 a). El pensamiento político latino está dominado por cuestiones económicas, centradas no sólo en el problema del crecimiento sino en el de la distribución del ingreso. Así, otra de las frustraciones de América Latina ha sido el enfoque político norteamericano. Mientras que por un lado los EE.UU. dicen que el trípode en el que debe asentarse la política para Latinoamérica está formado por la democracia, el desarrollo económico y la seguridad, en la práctica su acción tiende a enfatizar esta última. Basta con analizar el descuido norteamericano de América del Sur (hasta el 2 de abril de 1982) y en cierta medida el de Mexico (hasta la crisis económica de agosto) para llegar a la conclusión de que las cuestiones que afectan las relaciones Este-Oeste son de máxima importancia para los EE.UU.

Justamente cuando Latinoamérica cobra mayor importancia para los EE.UU., disminuye la influencia de estos últimos en la región. Latinoamérica se lleva la parte del león en el comercio

de los EE.UU. con el Tercer Mundo y dicho comercio es mayor que la suma del que mantiene con Japón y Europa Occidental (32). El año pasado las exportaciones norteamericanas a América Latina ascendieron a U$S 41 mil millones, monto igual al total del intercambio comercial norteamericano con la CEE. La inversión total norteamericana en América Latina asciende a U$S 38 mil millones y produce ganancias anuales de U$S 7.000 millones (33). Las importaciones de petróleo y materias primas que hacen los EE.UU. convierten a Latinoamérica en una región estratégica y económicamente vital. Basta con imaginar la complejidad de una relación cultural, política y económicamente integrada con México para tener una idea de la interdependencia que existe entre los Estados Unidos y América Latina en general.

Del otro lado de la moneda tenemos, no obstante, la significativa disminución de la influencia norteamericana en la región. Esa tendencia deriva, en parte, de la disminución de la influencia norteamericana en el mundo. El aumento de la influencia del Tercer Mundo, la paridad militar con la Unión Soviética, el relativo auge económico del resto del mundo a partir de 1945 han contribuido a limitar el poder norteamericano. Los países latinoamericanos, por su parte, han crecido económica y políticamente y comenzado a desempeñar importantes roles, independientemente de los EE.UU., tanto dentro de la región como a nivel mundial. México, Venezuela y Brasil, por ejemplo, se han desarrollado ra-

pidamente en los últimos 30 años y este desarrollo se ha visto acompañado por nuevas manifestaciones de alejamiento de los EE.UU.

Quizás el mejor ejemplo de los motivos que han llevado a la disminución de la influencia norteamericana en América Latina haya sido la diversificación de proveedores de equipamiento militar a la región en la última década. En el gráfico que sigue se comparan las ventas de armas a América Latina (expresándolas en porcentajes de un total) por parte de los EE.UU. Europa Occidental y la Unión Soviética en los 10 últimos años. Si bien equipamiento soviético puede hallarse solamente en Cuba, Nicaragua y Perú, las cifras demuestran que el aprovisionamiento soviético en estos países es de gran envergadura comparándolo con el total de compras del resto de América Latina. Los totales correspondientes a patrulleras portamisiles guiados (Cuba), aviones supersónicos (Cuba y Perú) y misiles superficie-aire (Cuba) son significativos. Lo que más llama la atención del gráfico es la drástica disminución de transacciones norteamericanas durante ese período. Esta reducción ha sido provocada, fundamentalmente, por restricciones auto-impuestas y por el aumento simultáneo de las ventas de armas europeas a América Latina. Europa es la gran proveedora de las marinas latinoamericanas y está equipando a las fuerzas terrestres con vehículos blindados y helicópteros.

Así, cuando los EE.UU. dejaron de proveer armas a América Latina pregonando la prioridad del desarrollo y los derechos

Equipamiento	EE.UU.		Eur.Occ.		Unión Soviética	
	1972-76	1977-81	72-76	77-81	72-76	77-81
Blindaje liviano	67,1	5,3	12,2	41,0	4,0	31,2
Artillería	32,2	47,8	19,3	8,0	11,3	19,9
Buq. Sup. Grandes	82,5	13,8	12,5	58,3	--	2,7
Buq. Sup. Menores	32,6	3,0	54,7	35,0	11,5	27,0
Patrulleras portamisiles guiados	--	--	33,3	20,0	66,6	80,0
Submarinos	65,5	15,3	34,5	61,5	--	23,0
Aviones Supersónicos	--	6,5	45,1	17,4	25,8	56,5
Aviones Subsónicos	74,1	77,8	12,9	5,5	--	5,5
Helicópteros	48,9	17,5	34,6	60,0	16,3	17,5
Misiles Sup.-Aire	--	--	14,6	18,7	85,3	81,3

Tomado de "Ventas de Armas Convencionales en el Tercer Mundo, 1972-81" Informe Especial del Departamento de Estado N° 1/2, agosto 1982, pág. 16.

humanos, Europa no tuvo ningún prejuicio en llenar el vacío. Si el objetivo de las ventas de armas norteamericanas era disminuir los gastos armamentistas de América Latina, puede decirse que fracasó. Durante las décadas las compras latinoamericanas de armas se mantuvieron bajas (equivalían aproximadamente al 1,4% del PNB), pero no disminuyeron. Lo que sí logró la política norteamericana fue apartar a Latinoamérica de los EE.UU. como proveedor de armas. Amplió las posibilidades de la Unión Soviética fuera de su reducto insular cubano y disminuyó notoriamente la capacidad norteamericana de influir sobre América Latina en cuestiones de seguridad. Como lo expresara un estudioso de América Latina. "El cambio más importante producido en el ámbito político-militar latinoamericano durante la última década ha sido el apartamiento de los EE.UU. como fuente importante de armamentos" (34). Antes, a pesar del temor imperante en círculos políticos y académicos norteamericanos en el sentido de que en América Latina se estaba produciendo una carrera armamentista, jamás se concretó nada de esta índole, fundamentalmente por la influencia norteamericana en la región. Ahora que América Latina ha decidido rearmarse, la influencia norteamericana se vé gravemente limitada.

Otro aspecto de las relaciones entre los EE.UU. y América Latina son los malentendidos que se producen de uno y otro lado. Muy frecuentemente los norteamericanos consideran que América Latina es una entidad sin historia, instituciones políticas, eco-

nomías ni intereses nacionales propios. La simple dicotomía de dictaduras vs. democracia es la imagen predominante de América Latina. La incomprensión de las sutilezas que rigen la conformación de las singulares y sofisticadas sociedades latinoamericanas hace que se simplifiquen las comparaciones entre el tipo de democracia que impera en EE.UU. y la realidad de un determinado país. Se produce nuevamente el juego de la moralidad descripto por el Profesor Wiarda, en el que unos critican a un determinado país por no ser pluralista o no dar elecciones "libres" y otros aceptan la "democracia" de un determinado país sólo porque se celebraron elecciones. Ninguna de las actitudes parece reconocer el medio específico en que se ha desarrollado y debe funcionar la política latinoamericana, ni tampoco parecen comprender la sofisticación con que algunos países han respondido a su desafío político: como ejemplo de esto citaremos los casos de México, Venezuela, Colombia y, recientemente, Brasil y Perú. Por otro lado, los latinoamericanos no comprenden a los EE.UU., especialmente la forma en que la política interna influye sobre cada faceta de la política exterior norteamericana. Quizás sea por sus antecedentes culturales, históricos y educacionales que los latinoamericanos no pueden entender el complejo sistema y la serie de compromisos que debe sortear una determinada política norteamericana, antes de transformarse en decisión. Tampoco comprenden cabalmente la con-

junción de miles de factores contradictorios que influyen sobre la política norteamericana como potencia mundial.

La controversia por las Malvinas tiene que ser analizada en el contexto histórico de las reacciones generales entre los EE.UU. y América Latina. El conflicto en sí no puede transformarse en un gran obstáculo en las relaciones entre los EE.UU. y América Latina. Seguramente quedará como centro de atención en esas relaciones. La guerra argentino-británica puso de manifiesto algo que se estaba gestando desde hacía tiempo. Quebró la sensación de destino común y de cooperación compartida entre los EE.UU. y América Latina. Quizás si la política general norteamericana y el mutuo entendimiento hubieran sido diferentes, la postura norteamericana en la crisis del Atlántico Sur habría provocado una reacción menos violenta en América Latina. Según se dieron las cosas, el resultado de la crisis de las Malvinas fue una importante ruptura en la relación especial que se había forjado durante décadas bajo los auspicios del Panamericanismo.

CAPITULO IV - Notas

(Ver páginas 70/71 del original).

CAPITULO V

Conclusiones

> "Juro a nuestros soldados que no combatieron en vano y prometo a nuestros muertos que en el lugar donde cayeron nacerán nuevas generaciones de argentinos en un futuro no muy lejano".
> Canciller argentino Juan Ramón Aguirre Lanari al cumplirse el 150 aniversario de dominación británica en las Islas Malvinas.

La Crisis de las Malvinas fue más un símbolo de las agobiantes realidades de las relaciones hemisféricas que un punto de divergencia importante entre América Latina y los EE.UU. Puso de relieve la declinación de la influencia norteamericana en los sucesos de la región y, al mismo tiempo, la creciente independencia y separación de los países latinoamericanos con respecto a los EE.UU. En momentos en que aumenta la importancia económica y política de América Latina frente a los EE.UU., la crisis del Atlántico Sur sirvió como inquietante recordatorio del grado de deterioro alcanzado en la última década por las relaciones entre los EE.UU. y América Latina. La guerra materializó para los latinoamericanos la hasta entonces creciente sensación de que los EE.UU. no eran un miembro regional confiable. Al mismo tiempo, si bien la posición norteamericana durante la crisis dejó un re-

sentimiento residual, también se observa un renuente respeto por la decisión norteamericana de proteger sus intereses vitales.

La Guerra de las Malvinas puso en evidencia los errores de interpretación, de cálculo y apreciación que había entre las partes. Gran Bretaña no creyó que el "aullido de lobo" argentino tuviera el respaldo de los colmillos. Los EE.UU. no analizaron cuidadosamente el efecto político de cortejar a los militares argentinos. La junta argentina interpretó mal la reacción británica y también la del mundo entero. En un contexto más generalizado, la Guerra puso de manifiesto que los EE.UU. y América Latina pueden hablar, pero no dialogar.

La Guerra actuó como tranquilizante, en particular para los latinoamericanos. Quebró un largo período de paz en la región. Subrayó los peligros de utilizar la opción militar, la escasa flexibilidad política y diplomática, las pérdidas de vidas y material, la agonía y la confusión de la derrota. El costo fue muy alto para la Argentina, y se lo siente en profundidad. Un beneficio -por más pírrica que pueda parecer esta victoria- ha sido la concentración de la atención mundial una vez terminada la crisis y el apoyo norteamericano a los pedidos argentinos de negociación. Así, aunque en lo inmediato la guerra haya tenido un efecto amortiguador sobre el recurso a las armas en disputas territoriales, es poco probable que haya cambiado ninguna opción imperante en América Latina acerca del uso de la fuerza en circunstancias

apropiadas a largo plazo.

La guerra ha disminuído las perspectivas de estabilidad en América Latina. Es cierto que la decidida postura norteamericana en contra del uso de la fuerza tendrá un efecto amortiguador a corto plazo. Sin embargo, la dinámica de la Guerra en sí tendrá un efecto significativo sobre las instituciones militares de la región. Las instituciones militares latinoamericanas tendrán mayores pretensiones en materia de recursos nacionales, lo cual, derivará en consecuencias políticas y económicas a más largo plazo. En el corto plazo, la Argentina ya se está rearmando y al cabo de un año de adiestramiento estará lista para volver a utilizar la opción militar, según afirman los militares. El rearme argentino tendrá un efecto multiplicador en el Cono Sur y los Países Andinos.

Jamás después de la Segunda Guerra Mundial el peligro de una carrera armamentista más real que ahora. Casi todos los países quieren equipos de alta tecnología y, dentro de sus limitaciones de recursos, comprarán lo mejor que puedan obtener razonablemente. Aunque la mayoría de los países todavía prefiere equipamiento norteamericano, comprarán lo que necesiten a Europa Occidental, Israel (armas aéreas y terrestres) y, quizás, a la Unión Soviética/Bloque Oriental.

Esta tendencia armamentista es provocada por el deseo de ser militarmente auto-suficientes y, lo que quizás sea más

crucial para muchos de los países, para mejorar sus capacidades militares en caso de producirse disputas territoriales. Además éstas no han perdido importancia en la región sino que la Guerra las ha enfatizado resaltando la nota nacionalista de comprensión de la causa argentina. Este nacionalismo se tradujo directamente en varios países -Venezuela, Bolivia, Guatemala, Perú- en gritos de "justicia" por sus respectivos diferendos territoriales. El desgaste de la influencia norteamericana en la región tiene consecuencias directas en este caso, porque en el pasado ha sido la influencia norteamericana -a través de ventas militares, adiestramiento y otros medios o a través de la diplomacia- la que ha determinado la estabilidad regional contribuyendo a amortiguar la tendencia al gasto armamentista.

En este contexto, el peligro de proliferación nuclear en América Latina es algo mayor que antes del conflicto. A la Argentina le faltan alrededor de dos años para construir un artefacto nuclear (falta que se adopte la decisión política de hacerlo) y no es signataria del Tratado de Tlatelolco (lo que hace de América Latina una zona nuclear libre). Brasil no está demasiado a la zaga de la Argentina en materia de tecnología nuclear. Toda decisión de seguir adelante con el desarrollo de una capacidad nuclear deberá sopesarse cuidadosamente por todas sus consecuencias. Sin embargo, la disminución de la influencia norteamericana no es un aspecto positivo de esta cuestión.

La Guerra no demostró la irrelevancia del Sistema de Seguridad Interamericano. Por el contrario, destacó su importancia para América Latina. Esa es una razón por la que los gritos iniciales para reforzar el sistema, excluir a los Estados Unidos, etc. han amainado. América Latina tenderá a ser más independiente de los EE.UU., y, quizás, a concertar acuerdos consultivos formales o informales dentro del Sistema Interamericano mismo a fin de presentar a los EE.UU. una postura unificada. Pero los latinoamericanos necesitan la protección de seguridad colectiva que brinda el sistema. Este sistema ha sido singularmente exitoso para resolver disputas entre países de la región, pero su eficacia ha sido menor para resolver cuestiones conflictivas o amenazas extrahemisféricas. La Guerra de las Malvinas puso de manifiesto esta conclusión.

El Sistema Interamericano de Seguridad ha sido tildado de inadecuado, de haberse creado para hacer frente a una amenaza que quizás sea ficticia, de no adecuarse a la realidad actual, y de no poder ser restructurado seriamente; pero, sin embargo, es indispensable para la estabilidad regional. Dadas las realidades geopolíticas de América Latina, el probable aumento de los gastos en armamentos, la no morigeración del nacionalismo y la conveniencia de provocar disputas externas para desviar las críticas políticas internas, los latinoamericanos necesitan tanto co-

mo los EE.UU. del Sistema Interamericano. Así, en el período post-Malvinas, el Sistema Interamericano de Seguridad sigue teniendo bastante importancia, particularmente para restaurar la paz en la región. Lo que hay que determinar es si el sistema todavía puede impedir un conflicto armado.

Al tratar los latinoamericanos de independizarse de los EE.UU., la Unión Soviética tendrá nuevas oportunidades, aunque probablemente no sean mucho mejores que antes de la Guerra. Por razones de filosofía política y por una saludable dosis de escepticismo acerca de las motivaciones soviéticas, es probable que los latinoamericanos no se precipiten hacia el Bloque Oriental sólo por el conflicto de las Malvinas. Lo más probable es que se aparten de los EE.UU. y que esto se demuestre en formas y foros multinacionales. La Guerra ofrece, efectivamente, ciertas oportunidades a los soviéticos en la Argentina (aumento de los vínculos comerciales y militares) pero de lo contrario, continuarán las tendencias manifestadas en la última década. Los soviéticos seguirán intentando fortalecer los lazos comerciales y culturales y, en la medida en que se presenten oportunidades, tratarán de establecer conexiones con las instituciones militares. Una oportunidad indirecta para los soviéticos, es la decisión latinoamericana posterior a la crisis de sacar del aislamiento a Cuba y a Nicaragua.

La Guerra dejó en claro dos características de los militares argentinos, si no de la mayoría de las instituciones militares latinoamericanas. Una es que deben ser tratados como fuerza política y como fuerza militar. En casi todos los países latinoamericanos, los militares tienen bastante fuerza política. Esto significa que los Generales y Coroneles son algo más que comandantes de unidades, son protagonistas políticos y ven la realidad desde prismas políticos. Los EE.UU. por su parte mantuvieron siempre una separación neta entre asuntos políticos y militares-profesionales. Así, cuando se reunen militares latinoamericanos con militares norteamericanos sus criterios son diferentes y la comunicación es mala. Cuando los militares ocupan el gobierno, como ocurre en la Argentina, a EE.UU. le resulta difícil afrontar la situación ya que no resultan adecuados ni los contactos entre militares ni los contactos entre políticos. Por instrucción y por tradición, un oficial norteamericano en general no está capacitado para manejar cuestiones esencialmente políticas, y la imagen de los representantes civiles frecuentemente no resulta compatible con la de sus contrapartes políticas/militares latinoamericanas. Este enigma se viene presentando en las relaciones argentino-norteamericanas desde hace dos años.

La segunda característica destacada una vez más por la guerra es que el militarismo -es decir la intervención militar en política- no es compatible con el profesionalismo. La Fuerza

Aérea Argentina fue valiente y estuvo a punto de derrotar a los británicos. Su éxito no se debió enteramente a la tecnología. Por el contrario, se debió al coraje y la motivación de los pilotos. La Fuerza Aérea Argentina es, además, la fuerza menos involucrada políticamente. En contraste con esto,el Ejército superaba numéricamente a las fuerzas terrestres británicas atacantes en una proporción de casi tres a uno. En las unidades argentinas faltaban los principios esenciales de conducción, disciplina, organización, preparación física y trabajo en equipo. Hubo individuos y algunas unidades que combatieron bien, pero en general la fuerza careció definitivamente de profesionalismo militar. Los británicos, por otro lado, demostraron tener todas las cualidades de un Ejército de primera, consiguiendo la victoria en tierra en menos de 20 días. La consecuencia inmediata de esta conclusión es una conocida enseñanza. Es el soldado (marinero, infante de marina o aviador) el que gana las batallas, y no solamente las armas tecnológicamente avanzadas.

Mientras que todavía se está debatiendo la repercusión intrínseca de la tecnología en el teatro Malvinas, existe la creencia generalizada de que tuvo importante repercusión en diversas acciones espectaculares. La proliferación de armas de tecnología avanzada plantea dos problemas generales a los países más poderosos que pueden usar la amenaza de una acción militar para influir sobre una potencia menor. El primer problema es luchar

contra los sistemas de armas de los aliados (o contra los propios). Puesto que las armas de "alta tecnología" de origen occidental han sido diseñadas para neutralizar a las armas del Bloque Oriental, se requerirían ciertos ajustes (y, quizás, algunas molestias) para combatir contra los sistemas de armas propios (✱). Con un adiestramiento adecuado y un mínimo de organización, una pequeña fuerza equipada con armas de alta tecnología podría infligir graves pérdidas a una potencia media o a una super-potencia. En última instancia se impondría esta última, pero tendrá que estar dispuesta a aceptar grandes pérdidas de vidas y materiales. Esto, a su vez, tendría repercusión sobre la disuasión y la capacidad de decisión nacional. Si, por ejemplo, los EE.UU. desplegaran fuerzas como disuasivo para una determinada política de una potencia menor, el gobierno norteamericano tendría que granjearse un fuerte respaldo público para llevar adelante una acción que, seguramente, resultaría muy onerosa si se llegara a un combate. Es evidente que la tecnología tiende a equilibrar la balanza de poder en determinados casos -área limitada, conflicto de corta duración- y a poner a prueba el efecto disuasivo de la opción militar. En la década que viene, si la fuerza militar se emplea como opción para influir sobre la acción política, el país que la utilice deberá ...

(✱) El segundo problema es la letalidad de las armas tecnológicas.

c8

estar dispuesto a luchar y sufrir bajas si pretende triunfar.

Con el broche de oro de estas conclusiones, las consecuencias de la guerra de las Malvinas en términos de seguridad hemisférica y de relaciones entre los EE.UU. y América Latina parecen evidentes. En la próxima década, la estabilidad regional se verá más amenazada que durante este siglo. Ciertamente que los problemas económicos y de otra índole seguirán perturbando a los sistemas políticos, y que también persistirá la subversión, especialmente en el litoral caribeño. Pero en momentos en que se está desvaneciendo la influencia hemisférica de los EE.UU., es probable que las disputas territoriales pendientes cobren mayor importancia y transformen las compras de armamentos en una verdadera lid por sacar ventajas.

En este aspecto, la capacidad de la OEA para impedir conflictos violentos será sometida a prueba cada vez más frecuentemente. Porque si bien los países latinoamericanos quieren formar grupos sub-regionales para enfrentar a los EE.UU., su capacidad para hacerlo está directamente limitada por sus disputas sobre soberanía con sus vecinos. Los países andinos y del Cono Sur demuestran que, a pesar de tener intereses naturales comunes, están seriamente divididos, inter alia, por complejas controversias territoriales. Por su conformación, la OEA ha logrado impedir o detener conflictos declarados pero no ha podido resolver estas antiguas disputas lo que ha provocado gran frustración

CH

en muchos países latinoamericanos. En esta década post-Malvinas del 80, las disputas territoriales constituyen un grave desafío para la estabilidad y las relaciones regionales, así como para el Sistema Interamericano.

La Guerra del Atlántico Sur de 1982 fue un llamado de atención para que los EE.UU. restructurasen sus relaciones con América Latina. Primero, es preciso reconocer la importancia de esta última para los intereses norteamericanos. Para empezar, hay ciertos intereses regionales vitales para los EE.UU. -por ejemplo la estabilidad en México- o de significativa importancia- el comercio y las materias primas clave son dos de ellos. Una vez admitido esto, es preciso dar una mayor prioridad a América Latina. Los EE. UU. ya no pueden seguir tratando a la región con una estrategia inferior aun a la de la economía de fuerza -o sea, esfuerzos por debajo del mínimo requerido para lograr objetivos políticos. Al mismo tiempo, los experimentos políticos y las pautas contradictorias (como por ej. exigir un respeto al estilo norteamericano por los derechos individuales en medio de una guerra subversiva) tampoco conforman una política coherente. No son medidas de fácil adopción, pero con una estrategia pensada cuidadosamente y una educación esmerada, se pueden alcanzar.

Muchos latinoamericanos han dicho que la principal amenaza para la región es el desarrollo económico, tanto en lo que se refiere al crecimiento como a la distribución del ingreso. La

política norteamericana de los últimos años ha puesto su énfasis en los derechos individuales o la subversión comunista. Lo cierto es que entre las causas subyacentes de los problemas latinoamericanos hay elementos de ambas cosas. No existen soluciones simples ni rápidas en una región con características tan diversas. Parecería que la política norteamericana estuviera comenzando a tratar a los países latinoamericanos como entes individuales con problemas propios que, quizás no estén siquiera -ni fundamentalmente- relacionados con los problemas Este-Oeste. Este elemento de sofisticación Norte-Sur debe transformarse en elemento inseparable de la estrategia política norteamericana en la región, y debe ser consolidado utilizando a las organizaciones regionales y multinacionales como foros de consulta con los países del hemisferio.

Toda estrategia destinada al hemisferio debe incluir una política de seguridad. Ya quedó demostrado que el uso de la acción militar para influir sobre el comportamiento de los países latinoamericanos, no funciona. Más aun, ha quedado demostrado que tiene un tremendo efecto negativo sobre el poderío norteamericano en el hemisferio. Durante esta década América Latina presentará una tendencia armamentista, independientemente de la política norteamericana. Quedarnos sentados observando no servirá ni a los intereses norteamericanos ni a la seguridad regional. Es preciso que la política norteamericana alcance la sofistica-

ción que le está faltando desde hace años. La estrategia militar norteamericana debe adecuarse a objetivos políticos diferentes para las diversas áreas sub-regionales. Evidentemente, la contrainsurgencia es el tema clave en Centroamérica. Sin embargo, objetivos a más largo plazo en el Cono Sur podrían incluir importantes roles de seguridad para la Argentina, Chile y, quizás, Brasil. Las consecuencias de esta última política son muchas -incluídas la profesionalización de las instituciones militares y la solución de las disputas territoriales pendientes, para nombrar solamente dos -pero si se desea lograr estabilidad y mejorar las relaciones habrá que poner en práctica este tipo de planificación a largo plazo.

Al comienzo se expresó que este trabajo no pretende ser la explicación definitiva, ni siquiera la más completa, sobre las consecuencias de la Guerra de las Malvinas para la seguridad de los EE.UU. y del hemisferio y para las relaciones hemisféricas. Lo que se demostró fue la complejidad de la controversia en sí y su efecto profundo sobre la reacción latinoamericana, tanto en lo que hace a las rivalidades inter-regionales como al sentimiento anti-norteamericano. La Guerra fue una especie de prueba de papel tornasol para las relaciones interamericanas y sirvió como advertencia de que la situación se ha deteriorado seriamente. En la próxima década se sabrá si la advertencia del Atlántico Sur fue escuchada. Si no lo fue, esta pacífica parte

del mundo seguramente caerá en el ciclo de violencia habitual en otras partes del mundo.

BIBLIOGRAFIA

(Ver páginas 83/88 del original)

ENSEÑANZAS EXTRAIDAS DE LAS MALVINAS

Resumen de las Apreciaciones Formuladas por
MG Tony Boam el 30 de noviembre de 1982
en la Reunión Regional del Seminario Inter-Universitario sobre Fuerzas Armadas y Sociedad realizado en
el Astillero Naval de Washington

ANTECEDENTES:

- Las enseñanzas no son nuevas: fueron aprendidas nuevamente durante la guerra.
  - Al margen del orden de prioridades; la última lección es la más importante.
  - El conflicto de las Malvinas fue una guerra pequeña -limitada en extensión territorial y participantes.
  - La guerra fue un desafortunado error, una serie de errores de cálculo, especialmente por parte de la Argentina;
    - Evaluó mal (sic) la opinión mundial.
    - Subestimó la decisión política británica.
    - Malinterpretó la capacidad británica de lanzar y soportar una operación a 7.000 millas del Reino Unido.
    - Malinterpretó los indicios provenientes de Norteamérica (entre paréntesis digamos que quizás no sea correcto permanecer imparcial en una mediación sino que hay que manifestar la posición que se sustenta desde el principio).

- Topografía y clima de las Islas.
  - Aproximadamente a 7/8.000 millas del Reino Unido.
  - Ascensión, aproximadamente a mitad de camino: pequeño aeropuerto, inexistencia de capacidad de atraque (buques).
  - Las Malvinas son del tamaño de Gales.
  - El estrecho San Carlos tiene aproximadamente 3 millas de ancho en el extremo septentrional.
  - Las tierras altas tienen 1.200 y 1.900 pies.
  - Hay poca cobertura - "3 árboles".
  - Sólo 50 km. de caminos pavimentados en las cercanías de Stanley.
  - Las Temperaturas Máximas-Mínimas van desde 55° - (-) 1° F..., el viento alcanza un promedio de 30 nudos el 64% del año (hace mucho frío y hay mucho viento).
- Elementos que hacen a la sincronización.
  - Invasión del 2 de abril -parte de la flota del Reino Unido zarpó ese mismo día.
  - 25-26 abril. El Reino Unido recupera las Georgias del Sur.
  - 30 abril. La flota del Reino Unido llega a las Malvinas.
  - 1° mayo-- Aviones Vulcan bombardean el aeropuerto de Puerto Stanley.
  - 21 mayo-- El Reino Unido efectúa un exitoso desembarco anfibio en San Carlos.
  - 14 junio-- Capitulación argentina.

ENSEÑANZAS EXTRAIDAS

- La decisión política y el apoyo público fueron factores determinantes de vital importancia.
  - El Reino Unido apoyó un 100% al grupo de tareas.
  - Se obtuvo la mejor cohesión desde 1945.
    - reflejada en la velocidad para las tareas de carga, conversión de buques, equipos.
    - civiles y militares trabajaron juntos.
  - La Sra. Thatcher se mostró fuerte y firme.
- El disuasivo funciona sólo si es viable.
  - La política debe ser política/militarmente coherente.
  - Las amenazas deben adecuarse a la capacidad de materializarlas.
  - Se debe actuar para hacer prevalecer la propia voluntad por sobre un adversario político.
  - La distancia dio tiempo para las negociaciones.
  - Un ejemplo de disuasión--- El Hundimiento del Crucero Belgrano (4 de mayo) y la subsiguiente publicidad de la presencia de submarinos nucleares en aguas del Atlántico Sur (aunque no estuvieron allí todo el tiempo) embotellaron a la Marina Argentina.
- Preparación (término norteamericano --alistamiento).
  - La Brigada de Comando partió en 3 ½ días aunque los planes requerían 7 días.

. Todos los esfuerzos se concentraron en una posición.

. Pudieron transformar buques mercantes - El Canberra llevaba 1600 turistas un día y 16 horas más tarde transportaba 3.000 efectivos.

- La asignación de unidades a los buques es importante.
- El deterioro de las flotas mercantes es una grave preocupación.
- Los buques comerciales deben construirse de modo que puedan adaptarse militarmente -como transportes/transportes logísticos.

. La necesidad de contar con una base es "suprema".

- requerida para carga y descarga entre unidades.
- ejercicios anfibios.
- base aérea.
- base logística.
- Las Georgias del Sur fueron una base adicional y sirvieron:
  - .. como temprana demostración de fuerza
  - .. para impulsar las negociaciones
  - .. como lugar donde colocar al Canberra

. La coordinación político/militar se terminó de perfeccionar poco antes del conflicto (se siguieron, en gran medida, las pautas propuestas para modificar el Estado Mayor Conjunto Norteamericano (USJCS)).

- Las reglas de combate eran claras, declaradas y actualizadas.
  - .. El comandante podía pedir cambios -nuevamente el Belgrano- el Alte. Woodward pidió y recibió el "vía libre" de la Primer Ministro para atacarlo.
- No hubo interferencias políticas.
  - .. La Primer Ministro dio dos órdenes directas durante todo el conflicto.
    1. En momentos en que Woodward salía del Mediterráneo se le ordenó navegar hacia el Sur y no hacia el Norte.
    2. Se le ordenó retomar las Malvinas lo más rápidamente posible.

. Las Comunicaciones vía satélite fueron confiables y de gran importancia.

- El comandante hablaba directamente a Londres alrededor de una hora todas las noches.
- Se necesitaba equipo de comunicaciones adicional.

. Riesgos.

- La Fuerza de Tareas careció de alarma temprana aerotransportada y de suficiente alarma temprana para los submarinos.
- Intentó transformar a los helicópteros para misiones de alarma temprana pero no lo logró a tiempo.

Las Fuerzas Especiales fueron esenciales.

- Se introdujeron en las Malvinas 3 semanas antes del desembarco.

- Rol vital de la inteligencia.
- No permitieron que los argentinos se estabilizaran mediante incursiones.
- Para lograr ventaja sicológica ---desaparición de sentinelas.

. La Movilidad tuvo un rol vital.

- Los helicópteros fueron esenciales --se usaron 200-- para transportar pertrechos, munición, obuses de 105 mm., defensa aérea.
  - .. no hubo suficientes helicópteros.
- Vehículos Blindados Livianos.
  - .. Scorpion y Scimitar --ambos vehículos a oruga-- se desplazaron sin inconvenientes.
- Profesionalismo de los efectivos --el cuidado y la preparación demostraron ser factores significativos.
  - .. transportaron pesos de 90-140 lbs sobre terreno escarpado --cubrían 50 millas por día.

. La Alta Tecnología fue un factor importante.

- La interacción de sistemas de armas similares (por ej. armas británicas contra armas británicas manejadas por argentinos) es un factor a tener en cuenta.
- Es probable que los buques sean demasiado especializados.
- Los buques necesitan cañones y misiles.
  - .. Ejemplo, el Canberra era grande pero no servía para atacar.

Llevaba 17 ametralladoras que disparaban municiones trazantes. Los aviones argentinos tenían que eludir las municiones visuales para atacarlo.

- Dejar fuera de servicio un aeropuerto es difícil, sino imposible.
- Hay que volver a evaluar las existencias de pertrechos de combate.
  - Las estimaciones generales resultaron groseramente insuficientes.
  - Se utilizó mucha más munición que la prevista.
- Los sistemas de armas deben ser dotados de flexibilidad y adaptabilidad.
  - Las situaciones son siempre diferentes a lo que se planifica.
  - Las armas deben ser capaces de desempeñar roles múltiples.
- Tomar la iniciativa es de extrema importancia: es preciso dar una imagen de poder y empuje. Las acciones que contribuyeron a esto fueron:
  - El bombardeo del Aeropuerto de Stanley.
  - Las incursiones de unidades especiales en la Isla Borbón.
  - El ataque a Pradera del Ganso y la victoria del grupo de Paracaidistas 2.
- ¿Los medios de difusión tienen algún derecho Divino a revelar cualquier información?. No!".

d

u